

CRIMEN EN EL CIRCO

frank lewis



FRANK LEWIS

CRIMEN EN EL CIRCO

Col. SERVICIO SECRETO n.º 680
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

DEPOSITO LEGAL B 15670 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO - 1963

opreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2106/62

CRIMEN en el CIRCO

por FRANK LEWIS



CAPÍTULO I

La muchacha sentíase desanimada. Estrechó la mano de su amiga y se dejó caer en una silla.

—¿Cansada, Frances?

—Sí. Pero no físicamente, sino moralmente.

Helen se echó a reír, contemplando la esbelta figura de Frances Bacall. Era muy bonita y sabía vestir con distinción, atrayendo todas las miradas masculinas cuando llegaba a un lugar concurrido.

—No puedes quejarte, chiquilla. Estás consiguiendo cuanto te propones. Colaboras con uno de los mejores diarios de Chicago, consiguiéndolo con tus propios méritos, sin necesitar la protección de tu padre.

—¡Bah, periodista de novedades y tonterías! Estoy harta de escribir noticias insulsas.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Poder realizar reportajes sensacionales. Pertenecer a la sección de sucesos, investigando crímenes.

—Tienes demasiada imaginación, Frances. Estás influencia por las películas y novelas policíacas. Algunas veces ocurre un suceso extraordinario, la policía se encarga de descubrirlo inmediatamente.

—Existen esos casos, Helen.

—Pero esos deben estar dedicados a los hombres, ellos cuentan con mayores posibilidades para descubrirlo.

—Una mujer logra triunfar con los hombres. Ya no existen diferencia de sexo.

—Estás equivocada. Debes casarte, entonces comprenderás lo acertado de mi razonamiento.

—¡Bah, casarme! Nunca me he enamorado, la mayoría de los hombres son petulantes, odiosos.

—Mi marido no es así, Frances —protestó Helen indignada.

—He dicho casi todos. Leonard es un hombre sensato y tiene una buena profesión, se está convirtiendo en un gran cirujano.

—Sí. Estoy orgullosa de él.

—Pero tú te sacrificas, no puedes salir cuando lo deseas. A veces debe permanecer en el quirófano hasta muy tarde.

—Me conformo gustosa. Antes es su deber. Además, tengo mi hijo.

—Sí, sí. Yo no me casaré, deseo triunfar, mi nombre debe ser conocido por todos los lectores, leyendo mis artículos con avidez. Lo conseguiré, Helen.

Helen Beslier contempló a su amiga sonriendo. Esta había levantado la mirada al techo, adquiriendo una actitud soñadora. En aquel momento era sincera, pero ella tenía la seguridad de que saldría de su error en cuanto encontrase al hombre capaz de hacer latir su corazón juvenil.

Lo sabía por propia experiencia. Era cinco años mayor que Frances y ya llevaba cuatro casada con el doctor John Beslier. Ella también quiso adquirir celebridad y estuvo a punto de conseguirlo, pues empezaba a conseguir resonantes victorias. La señalaban como una de las mejores raquetas nacionales.

Lo sacrificó todo por casarse con John Beslier, un joven doctor. Y nunca se arrepintió, amaba a su marido. A Frances también le ocurriría igual.

—Periodista no es una profesión adecuada para una mujer.

—Te demostraré lo contrario. En Chicago ocurren muchos crímenes. Actualmente existe una poderosa organización de tráfico de drogas. La policía se ve impotente para descubrirla, pues esos criminales son muy hábiles. No logran descubrir cómo consiguen entrar las drogas en la ciudad. Sería formidable…

—Lograr averiguarlo tú, ¿verdad? —la interrumpió Helen con ironía.

—¿Por qué no? —respondió Frances, casi habíase erguido en la silla desafiadora—. Soy capaz de descubrir a esos malhechores. Tanto por afición como por la aversión a los crímenes. Las drogas son odiosas, causan muchas víctimas.

—Vamos chiquilla —la amonestó Helen maternalmente, no en balde se conocían desde hacía muchísimos años.

—Mis jefes nunca me darán un encargo semejante. Lo sé, pero quizá se me presente una ocasión y la aprovecharé. Puedes tener la seguridad, Helen.

—¿Cómo sabes eso de la organización de traficantes de drogas?

—Por medio de un sargento de la policía. He conseguido una buena amistad con él.

—¿Es apuesto el sargento?

Frances se echó a reír.

—¿El sargento Basset? ¡Oh, no, Helen! El sargento Basset ya ha cumplido cuarenta años y su apariencia es más semejante a la de un orangután que a la de un Adonis. Pero es simpático, a pesar de su rudeza. Le conozco desde hace dos meses y aún no me ha dicho una palabra amable.

—Un hombre semejante te ha hecho esa importante confidencia, parece increíble.

—En realidad no me la hizo, hablaba con un compañero y yo me enteré. Ya conoces mi afición a cuanto se refiere a los misterios.

—Bueno, deja de pensar en esas cosas. Cenarás con nosotros, John se alegrará de verte. Aunque no lo creas, te aprecia mucho.

—¿Por qué no voy a creerlo? John y yo nos hemos llevado muy bien. Tu marido es un hombre agradable y comprensivo.

—¿Te apetece un refresco?

—Sí.

Y la muchacha quedó pensativa, mientras su amiga vaciaba en un vaso el contenido de una botella de Coca Cola, echando después una rodaja de limón. Después miró a la joven y no pudo menos de sonreír.

Cualquier, mujer podría considerarse dichosa de encontrarse en su situación, en cambio ella estaba descontenta. Apenas cumplidos los veintidós años, bella y poseedora de una vasta cultura. Su padre gozaba de una excelente posición, pudiendo satisfacer todos sus deseos. Pero nada de esto parecía interesarla, su máxima ambición consistía en llegar a ser una experta periodista.

Se sirvió a sí misma otro refresco y tendió un vaso a Frances. Esta lo cogió distraída, bebiendo un sorbo.

—¿En qué piensas?

La muchacha levantó la mirada sorprendida.

—En nada, te lo aseguro.

—Debes casarte. De esa forma olvidarás todas esas tonterías. Yo soy dichosa, a pesar de haber renunciado a ganar el campeonato de los Estados Unidos y el torneo de Wimbledon. Me acuerdo cuando dijiste que cometía un disparate, esas fueron tus palabras.

—Contigo me equivoqué, estoy de acuerdo. Pero yo soy muy distinta.

—¿No te gustaría tener un hijo como John?

La joven vaciló, esto le ocurría por vez primera. Helen la observaba, comprendiendo haber acertado. Ninguna mujer se resistía ante la idea de tener un hijo sano, fuerte y adorable. Además, sabía que el pequeño John

era la debilidad de su amiga, no en balde era su ahijado.

—No, eso me ataría a una vida sedentaria. Estaría obligada a obedecer a un hombre despótico y cruel. Eso jamás.

Helen se echó a reír, debido a la expresión indignada aparecida en el rostro de la muchacha. Después se levantó y salió, diciendo ir a levantar al chiquillo.

Cuando el pequeño John llegó corriendo hasta ella, alargando sus bracitos, todo se olvidó para Frances. Cogió al chiquillo y lo sentó sobre sus rodillas, besándole en la mejilla.

—¿Cómo estás, tita Frances?

—Muy bien, John. Te he traído una cosa.

—¿Caramelos? —preguntó el chiquillo con ansiedad.

—¿Cómo lo has adivinado?

El chiquillo se echó a reír, mientras la miraba con sus azules y maliciosos ojos.

—Tú me quieres y sabes que los caramelos es lo que más me gusta.

—Eres un granuja.

Abrió el bolso y le dio dos caramelos. Helen les miraba sonriendo, adquiriendo la seguridad de su presentimiento, cuando la muchacha conociese al hombre amado, todas aquellas tonterías se desvanecerían de su cabeza.

El tiempo transcurrió con rapidez, hasta llegar John Beslier. El doctor ya había cumplido los treinta y cinco años, y empezaba a desfigurarse su silueta. Saludó efusivamente a Frances, notándose cuan sincera era su alegría al verla.

—Una agradable sorpresa, Frances. Hacía tiempo que no te veía, casi puedo afirmar que estás muy bonita.

—No me gustan las alabanzas, John. Helen se sentirá celosa.

—No, eso no puede ocurrir. Por desgracia sabe perfectamente cómo continúo enamorado de ella, se vale de eso para someterme a una terrible tiranía.

Frances miró a su amiga sorprendida. Esta sonrió haciendo un gesto de conformidad. Su marido se creía dominado por ella, cuando en realidad no le ponía el menor obstáculo para la realización de su trabajo.

La doncella ayudó a Helen a preparar la mesa y cenaron. Bromearon constantemente, hasta preguntar John:

—De vez en cuando leo tus artículos. Tienes gracia y agudeza, a los lectores le gusta.

—¡Son tonterías! —exclamó Frances despectiva.

—Todavía sigues con tus aspiraciones. Recházalas, se trata de un tema para los hombres.

—¡Tú también! Os demostraré lo contrario, tú y Helen os disculparéis.

El pequeño John se despidió de sus padres y de Frances. Rodeó con sus

bracitos el cuello de la joven y dijo con vehemencia:

—Quiero mucho a tita Frances.

La muchacha sintióse conmovida y le besó con cariño. John, una vea hubo salido el pequeño, le cogió la mano.

—Vamos a ver la televisión, esta noche hay un programa divertido.

Los tres, sentados cómodamente, presenciaron el programa. Este resultaba agradable y variado. De pronto el presentador señaló a dos hombres. Los dos eran altos casi iguales, aunque uno de ellos daba la impresión de serlo infinitamente más, debido a su formidable corpachón; un verdadero gigante. Su compañero no desentonaba a su lado, a pesar de tener muchos kilos menos.

El más corpulento vestía un traje gris, que no le sentaba bien, ofreciendo un aspecto desgarbado. En cambio, el otro vestía de oscuro, siendo esbelto y de fuerte complexión. Su semblante era enérgico y varonil.

—Ante ustedes «Las águilas del espacio»; Clark Sekyra y Joe Norman.

—Un hombre muy atractivo, Frances —comentó Helen con malicia.

—¡Bah, es muy presuntuoso! —exclamó la muchacha con desdén—. Se cree guapo, basta con mirarle. Su compañero es más agradable.

—¡Por Dios, chiquilla! Si parece un púgil en la plenitud de su carrera, uno de esos que no desperdicia un golpe de su adversario. Si este falla, se apresura a adelantarse.

Y John Beslier soltó una ruidosa carcajada. Después se puso serio.

—Estos muchachos son formidables, he oído comentar sus ejercicios siendo muy arriesgados. En cada actuación se juegan la vida, sobre todo Clark Sekyra.

—Siempre contaran con un truco.

—En el trapecio no existen, todo se halla a la vista del público. Cuando se actúa sin red, una caída es fatal.

Se calló. El presentador volvía a hablar, habiendo cesado los aplausos. Clark Sekyra sonreía ligeramente, mientras Joe Norman, con las manos unidas, reía ampliamente, dando la impresión de ser un rudo y gigantesco chiquillo.

—Estos dos formidables trapecistas se presentan por primera vez en Chicago, aunque ya ha llegado hasta nosotros su fama. Están considerados como los mejores del mundo. Sus ejercicios son arriesgados y asombrosos. Clark Sekyra —el presentador señaló al más esbelto— realiza el triple salto mortal, proeza tan solo al alcance de unos pocos elegidos en el transcurso de los siglos.

Estalló otra ovación y Clark se inclinó sonriendo agradecido. A pesar de su prevención, Frances se tuvo de confesar que el trapecista no estaba envanecido por los elogios efectuados por el presentador.

—Por desgracia, «Las águilas del espacio» no pueden hacer ninguna

demostración ante ustedes. Su apodo ya lo indica, necesitan mucho espacio.

Se acercó a los dos artistas y se encaró con Joe Norman.

—¿Cuántos años tiene usted? Puede decir lo que quiera.

—Treinta.

—¿Cuántos dedicados a esta profesión?

—Veintiocho.

—Es sorprendente. A los dos años ya actuaba.

—Es muy corriente en nuestra profesión. Nacemos en el circo y en el circo continuamos mientras conservamos nuestras facultades.

—¿Casado?

—No.

El presentador se volvió a Clark.

—Usted es más joven que su compañero.

—Veintisiete años.

—¿Veinticinco ejerciendo la profesión?

—No, tan solo cinco.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió el presentador asombrado.

—Yo no he nacido en el circo, señor. Mi juventud fue algo... descarriada, aunque por fortuna no llegué a cometer ninguna fechoría. Y esto lo debo a Joe Norman. Él me ayudó y se esforzó en entrenarme.

Joe Norman se apresuró a poner sus manazas sobre el hombro de su amigo. Su rostro denotaba estar conmovido.

—No debes hablar así, Clark.

—Aprovecho esta oportunidad para demostrarte mi agradecimiento, sin tu ayuda no sé cuál habría sido mi vida.

El gigantón sonrió forzadamente.

—Quizá trabajando cómodamente, sin necesidad de exponerte a romperte la cabeza.

Estridentes carcajadas y una gran ovación acogieron la contestación de Joe Norman. El público que llenaba el estudio sentíase emocionado por la espontánea sinceridad de los dos hombres. Probablemente igual ocurriría con los espectadores del programa.

—¿Qué te ha parecido, Frances? —preguntó John con curiosidad—. Dos tipos muy humanos, ¿no crees?

—O dos hábiles farsantes. Ese diálogo puede estar preparado.

—No lo creo así, dan la impresión de ser sinceros.

Y callaron, prestando atención a la pequeña pantalla.

—Todo Chicago espera con gran expectación el número de ustedes.

—Haremos cuanto esté a nuestro alcance para no defraudar, aunque quizá sean excesivas las alabanzas hechas a nosotros.

—No, las referencias que tenemos sobre «Las águilas del espacio» son inmejorables —respondió el presentador sonriendo—. Mañana habrán

conquistado la estimación de la ciudad.

Los dos hombres se inclinaron, agradeciendo los aplausos de los espectadores. Joe Norman volvía a adoptar su actitud jovial, algo presuntuosa. No obstante, esta se prestaba a su aspecto, ganándose la símpala de cuantas personas le contemplaban.

Frances se quedó pensativa. A pesar de su aparente antagonismo hacia los dos trapecistas, sentíase ganada por la simpatía del gigantón y la sinceridad de su compañero. El aspecto de este resultaba en extremo interesante y atractivo. Sí, le agradó su apostura, la vitalidad que emanaba de su persona.

Por un momento creyó verle efectuando arriesgados saltos, cogiéndose a las poderosas manos de su compañero con seguridad. En uno de los más peligrosos ejercicios, precisamente al efectuar el triple salto mortal, él no lograba llegar a agarrarse a las manos de Norman. Los dedos de este se crisparon angustiados y el joven caía pesadamente, estrellándose violentamente en la pista.

Se estremeció y apartó de su cabeza aquellos desagradables pensamientos. Ella no se dejaba sugestionar fácilmente, y ahora estaba temiendo un fatal desenlace.

Se despidió de sus amigos. John, al estrecharle la mano, sugirió.

—Debes hacer una entrevista con Clark Sekyra, es un tipo humano y conocido. Su apostura habrá causado sensación entre las mujeres. Será un éxito.

—Es un vulgar titiritero.

—Estás equivocada, Frances. Un trapecista es algo muy serio. De haber tenido facultades, nunca habría llegado a ser el doctor Beslier. De niño siempre ansiaba cruzar el espacio, agarrándome a las manos de mi compañero.

—Quizá tengas razón.

—No lo dudes, chiquilla.

El matrimonio acompañó a la joven hasta la puerta. El doctor enlazó el talle de su esposa y la besó apasionadamente, tan pronto se quedaron solos.

—Puede verte la doncella, John. No seas loco.

—¿Y qué? ¿Un hombre no puede besar a su adorada esposa?

—Siempre serás un chiquillo, querido. ¿Qué opináis de Frances?

—Una mujercita preciosa, con extrañas ideas en la cabeza. Las mujeres sois incomprensibles.

—¿Yo también?

—Sí. Después de cuatro años, sigues resultando un enigma para mí.

—Frances cambiará, solo necesita enamorarse.

—Pero debe ser de un hombre enérgico, incapaz de doblegarse a sus caprichos.

CAPÍTULO II

A pesar de haber adoptado una actitud indiferente, Frances Bacall iba sintiéndose subyugada por los números presenciados. Los malabaristas, con sus difíciles ejercicios. Los domadores de fieras, corriendo un terrible peligro dentro de la jaula, con semblante impávido. Los payasos, con sus alegres e inocentes parodias. Todo en un conjunto la excitaron, haciéndola entregarse por entero al espectáculo.

Y aparecieron en la pista las poderosas figuras de Clark Sekyra y Joe Norman. Ahora sus atléticas figuras se destacaban bajo los potentes focos.

La joven fijóse en su compañero de butaca, un hombre de mediana edad y agradable aspecto. Sus dedos se entrelazaban nerviosamente, mientras decía a su esposa:

—Este número es emocionante, Mary. Sekyra está considerado el mejor trapecista del mundo, ningún otro se le puede comparar. Juega continuamente con la muerte.

—Pues es muy guapo —respondió su esposa.

—¡Bah, las mujeres solo os fijáis en eso!

Solo faltaba este comentario para excitar más la curiosidad de Frances. Era cierto, Clark Sekyra podía considerarse un hombre guapo, aunque sus facciones fuesen excesivamente enérgicas, casi duras. Al sonreír se suavizaban. Su cuerpo fuerte y bien formado se destacaba en su sencillo y ajustado atuendo.

Tras la espectacular presentación de «Las águilas del espacio», los dos trapecistas se elevaron a pulso por las cuerdas. Clark Sekyra lo hizo con una perfecta media plancha, arrancando un entusiasta aplauso. Joe Norman lo hizo con pasmosa seguridad, pese a su peso. Sus potentes brazos daban la sensación de ser dos gruesas barras de hierro.

Una vez en lo alto, se cogieron a los trapecios y se balancearon varias veces. De improviso, Clark se soltó, dando un salto mortal, siendo atrapado por las manos de Joe.

Ambos amigos perdieron la noción de cuanto les rodeaba, entregándose en cuerpo y alma a los ejercicios. Estimulados por los aplausos fueron haciendo cabriolas más peligrosas, despertando la expectación y el entusiasmo de los espectadores.

«Las águilas del espacio» acababan de demostrar su valía. Aunque descendieran por las cuerdas, nadie hubiera quedado defraudado. Pero quedaba el número más peligroso: el triple salto mortal.

Los dos hombres se hallaban de pie en los trapecios, sonriendo ante la viva manifestación de admiración. Solo divisaban muchas cabezas,

empequeñecidas por la distancia, llegando hasta ellos el ensordecedor ruido de los aplausos.

Joe Norman fue el primero en lanzarse al espacio, quedando cogido en el trapecio por sus potentes piernas, la cabeza y los brazos colgando. Clark lanzó un grito de aviso y se arrojó en busca de su compañero. Tan pronto se cruzaron se soltó, siendo cogido por los pies. Realizó una espectacular flexión y después de dar un salto perfecto y armonioso, sus manos quedaron unidas.

Frances no pudo evitarlo y aplaudió, subyugada por la grandiosidad del espectáculo. El hombre sentado a su lado, permanecía con la mirada fija en los dos atletas y la boca abierta, dominado por la emoción.

De forma airosa, Clark saltó agarrándose a su trapecio.

Se cruzaron varias veces. Clark se lanzó hacia arriba y su cuerpo realizó tres saltos perfectos. Un silencio impresionante reinaba cuando se asió a las manazas de Joe. El silencio prosiguió hasta encontrarse los dos trapecistas en sus lugares respectivos, sin riesgo alguno.

Entonces sonó una inenarrable ovación. Todos los espectadores estaban de pie, emocionados por la formidable exhibición de los dos atletas.

Estos descendieron por la cuerda, mientras los aplausos seguían sonando. Cuando llegaron a la pista se estrecharon la mano sonriendo, después se inclinaron repetidas veces, para finalmente levantar Joe las dos manos unidas, con un simpático gesto fanfarrón.

Si esto lo hubiese hecho Clark Sekyra, Frances lo hubiera encontrado detestable, a pesar de haber sido el artífice del éxito obtenido. En cambio, en el gigantón lo hallaba natural, haciéndola sonreír.

Los aplausos no cesaron hasta haber salido los dos trapecistas de la pista. Los espectadores empezaron a salir ordenadamente del circo.

Frances se decidió. Haría una interviú a «Las águilas del espacio», sería interesante debido al éxito alcanzado. Aunque no se lo confesaba, deseaba hablar con Clark Sekyra, verle de cerca, comprobando cómo era en realidad.

Sin darse cuenta se encontró mezclada con diversos individuos, abundando los payasos. Vio a un tipo de aspecto brutal, tan alto o más que Joe Norma y tan fuerte como este. Lo reconoció, se trataba de Glenn Gaskell, el formidable levantador de peso. Su potencia quedó sobradamente demostrada, siendo aplaudido por los espectadores.

La desagradó la forma como Gaskell la seguía con la mirada. No obstante siguió hacia delante. Un individuo alto y correcto le salió al encuentro.

—¿Qué hace usted aquí, señorita? —le preguntó con amabilidad.

—Soy periodista y desearía entrevistar a Joe Norman y Clark Sekyra.

—No nos gustan los periodistas, señorita.

Frances le miró sorprendida. Se trataba de algo absurdo. A ningún

artista le molestaba la presencia de los periodistas, pues esto significaba una eficaz propaganda para el espectáculo.

—La publicidad solo puede favorecerles, señor.

—Perdone mi opinión, pero la mayoría de ustedes son indiscretos. Haga el favor de marcharse.

—Es absurdo, señor. Esos trapecistas han obtenido un gran éxito y me gustaría publicar una entrevista con ellos.

Las correctas facciones del hombre se endurecieron.

—Por favor, señorita.

Añora Frances le examinó con mayor detención. Vestía con discreta elegancia, era alto y delgado. No había cumplido los treinta y cinco años. Su mandíbula estaba apretada, adquiriendo una dura expresión.

La joven no respondió y se alejó. Tan pronto hubo perdido de vista a aquel hombre, se dirigió a un payaso.

—¿Haría el favor de decirme dónde puedo encontrar a Joe Norman?

—Venga conmigo, la llevaré a su carro.

—Muchas gracias.

La joven siguió al payaso, observando cómo este la examinaba con disimulada curiosidad. Resultaba imposible descubrir cómo sería este. Era alto y una espesa peluca pelirroja cubría su cabeza, un gran cuello blanco le tapaba la parte inferior del rostro. La nariz era una enorme bola roja y grandes círculos blancos rodeaban sus ojos.

—Es este, señorita.

El payaso señaló un carro y después miró a su alrededor.

—¿Es usted periodista?

Fue a negarlo, recordando la anterior escena, pero no se atrevió a hacerlo.

—Sí.

—Voy a pedirle un favor, le será fácil hacerlo.

—Se lo haré—. Frances sonrió—. Usted me ha hecho uno y justo es corresponderle.

La mano del payaso se apoyó en la de la joven, haciéndolo de forma fugaz. Frances notó sorprendida como le dejaba un papel.

—No haga ningún movimiento de sorpresa, señorita. Alguien puede vernos y sería peligroso. Entregue este papel al teniente Mac Gregor, ¿se acordará?

—Sí, el teniente Mac Gregor.

—Exacto. Muy agradecido.

—¿Quién es usted? —Frances no pudo evitar hacer esta pregunta.

No obtuvo contestación, el payaso acababa de desaparecer tras unos bultos.

Recordó la advertencia hecha segundos antes. Con gesto natural abrió el bolso y metió en su interior el papel. Aunque una gran curiosidad la

impulsaba a mirarlo, se contuvo. Aquel secreto no le pertenecía, debiendo limitarse a entregarlo a su destinatario. Y la identidad de este aún le intrigaba más.

Su instinto profesional la indicaba encontrarse ante un caso importante, pudiendo ser un paso decisivo para su carrera. No obstante, su deber consistía en limitarse a entregar aquel papel al teniente Mac Gregor.

Subió los escasos peldaños, tras haber tropezado y llamó a la puerta. Esta se abrió enseguida y apareció Clark Sekyra. El joven sostenía un cigarrillo en los labios, cubriéndose con una bata azul.

La miró sorprendido, su mano izquierda cogió el cigarro y preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido para hablarle, señor Sekyra.

—No la conozco.

—Lo sé. Soy periodista y deseaba hacerle una interviú.

—No me explico cómo ha podido usted llegar hasta aquí.

—Un payaso ha sido muy amable, acompañándome.

—Debe irse, señorita periodista —contestó Clark con frialdad—. Tenemos prohibido hablar con los de su profesión.

—Usted no puede negarse. Su deber es atenderme.

—Mi deber es cumplir las órdenes de nuestro director.

La joven se irguió, mirando desafiante a su interlocutor. Clark hizo un enérgico ademán y no llegó a hablar, pues se oyó una voz potente.

—¿Quién está ahí, Clark?

—Un periodista.

Le respondió un silbido de sorpresa.

—Querrás decir una periodista —corrigió el gigantón, que, como su compañero, estaba ataviado con una bata azul—. Y muy linda.

—Gracias, señor Norman. Usted tiene aspecto de ser más correcto que el señor Sekyra. ¿Puede contestar a mis preguntas?

—Deja entrar a la señorita, Clark. No es correcto tenerla en la puerta.

—En nuestro carro no debe entrar una mujer, Joe.

—No se trata de una mujer, sino de un periodista. Las profesiones no tienen sexos, ¿verdad, señorita?

Frances asintió con un movimiento y pasó al interior del carro. Miró sorprendida a su alrededor, y aceptó el ofrecimiento de Joe, sentándose en un taburete. Deliberadamente cruzó una pierna, tratando de sorprender una ávida mirada de Clark Sekyra. Pero el joven se mantuvo impertérrito.

—¿Quiere un refresco, señorita? —invitó Joe—. No podemos ofrecerle otra cosa, no bebemos alcohol.

—Es natural, debido a su arriesgada profesión. Acepto agradecida.

—¿Limón o naranja?

—Naranja.

El gigantón le ofreció un vaso con la naranjada, sin hacer caso de la

irritada mirada de su compañero. Después se sentó frente a la joven.

—Le he demostrado que su presencia… no nos es desagradable, pero no podemos responder a ninguna de sus preguntas.

A France se le atragantó el líquido al oír estas palabras. Después dijo.

—No lo comprendo, a ustedes le conviene la publicidad.

—Es usted muy testaruda, señorita periodista —intervino Clark con aspereza—. Se lo he dicho antes.

—No estoy hablando con usted, señor Sekyra. Haga el favor de explicármelo.

—Es muy sencillo. Nuestro director nos lo ha prohibido, nuestra obligación es obedecerle.

—Es muy extraña esa orden, ¿no cree?

Joe se encogió de hombros. Clark no se pudo contener y comentó mordaz.

—Sí, es muy extraña esa orden. ¿Por qué no se lo pregunta a él? Nadie mejor para aclarárselo.

—Como artista le he admirado, pero como persona es un insolente.

El rostro de Clark enrojeció, mientras Joe sonreía divertido.

—Haga el favor de marcharse —ordenó el joven enfurecido.

—Solo faltaba eso. Ha sido el señor Norman quien me ha invitado a entrar; solo él tiene derecho a hacerme salir.

—Si fuese un hombre le echaría a puntapiés.

—Ha tenido suerte de que soy una mujer, de lo contrario…

—De lo contrario, ¿qué? —rugió Clark.

—Le obligaría a portarse con mayor educación.

Clark dio media vuelta, enfrentándose con su amigo. Su furor aumentó al verle sonriente.

—¿De qué ríes? No te das cuenta.

—No comprendo tu enfado. En realidad la visita de la señorita no es ninguna molestia, terminará de beberse la naranjada y se marchará.

—Gracias, es usted muy amable, señor Norman. Ya no deseo más naranjada, quizá me hiciese daño. Le estoy muy agradecida.

Y le tendió su manecita, quedando cubierta por la manaza de Joe. Este se limitó a apretarla con delicadeza, como temiendo hacerle daño. Abrió la puerta, echándose a un lado.

—Me he alegrado de conocerla, lamentando no haberla podido complacer.

—Le creo, señor Norman. Buenas noches.

Este saludo también estaba hecho para Clark y le oyó contestar.

—Buenas noches.

Sin saber el motivo, se alegró de oír su contestación, aunque tuviese más parecido a un gruñido que a un saludo.

—Cierra la puerta de una vez, Joe. Ya se ha marchado.

—¡Qué bicho te ha picado, chico! Nunca te había visto tan exasperado, al fin de cuentas nos ha visitado una mujer muy bonita.

—Las mujeres son insoportables, tú lo sabes muy bien.

—Yo no, no tengo experiencia. Siempre he sido soltero.

—¡Por cien mil diablos y yo también! Pero en numerosas ocasiones hemos visto a Madahe cuando grita a su marido, el intrépido domador de leones tiembla. La señora Penkins debe tan solo gruñir y a su marido. El mejor malabarista se le cae cuanto tiene en la mano.

—Esa chica es distinta, su aspecto es angelical.

—¡Hum, tras las mejores apariencias se oculta el diablo!

—Estás desvariando, Clark. Tu conducta ha sido deplorable y ella te ha contestado como te merecías.

—Eres un traidor, te pones al lado del enemigo. Ya no podré fiarme de ti. Una bella sonrisa logra hacerte doblegar.

—Vamos, Clark, Vamos. No negaré que es linda, pero no es mi tipo. Te imaginas paseando a mí lado, el elefante y la hormiga. No, esa chica parece hecha a medida para ti.

—Con esa sonrisa desdeñosa, no, no. Y encima periodista.

—Una profesión como otra cualquiera.

—No. Esos individuos meten las narices en los asuntos ajenos, tratando de averiguar las intimidades de las personas. Si no las encuentran, las inventan. La cuestión es escribir un artículo sensacional, sin importarles el daño causado.

—¿No exageras?

—No. ¿Por qué voy a exagerar?

—Quizá tengas algo contra los periodistas.

—Vamos, Joe.

—Algo te ha ocurrido con esa chica, no puedes engañarme.

—Absolutamente nada. No la había visto antes de ahora, y has oído nuestra conversación.

—Precisamente por eso. Tú eres un muchacho juicioso y razonable, pero esta noche te has portado poco menos que un energúmeno.

—Esa muchacha es periodista y lo hace por capricho, no se gana la vida con esa profesión.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay que ser muy listo para deducirlo. ¿No te has fijado en su bolso?

—No.

—Pues es muy valioso, sus zapatos igual. Debe ser la hija de un millonario, acostumbrada a realizar todos sus caprichos. Aborrezco a esa clase de personas. Son insolentes e insoportables.

—Conmigo se ha portado muy bien.

—Naturalmente. Te ha cubierto de halagos. Señor Norman por aquí,

señor Norman por allí. A ti se te caía la baba.

El gigantón se echó a reír ante la burda imitación que Clark hacía de la bella periodista.

En aquel momento se oyó un grito de terror y correr precipitado de unos pies. Los dos amigos se miraron sorprendidos.

—¿Qué habrá sido eso? —exclamó Joe.

—Voy a verlo.

La reacción de Clark fue rápida, abriendo la puerta y precipitándose al exterior. Joe le siguió.

Frances salió del carro y descendió los peldaños con cuidado, procurando no tropezar, como le ocurrió a su llegada. Pensaba en los dos trapecistas. Joe Norman le inspiró una gran confianza, pese a su rudo aspecto. Clark Sekyra un sentimiento muy difícil de definir, a veces creía aborrecerle por su forma brutal de tratarla, así lo creía ella, como sentíase atraída por su apuesta presencia y la nobleza de su mirada.

Sí, su mirada era noble, lo advirtió inmediatamente. Ella debió ser la culpable de su irritación, pues le respondió airada. De no haber intervenido Joe Norman, la discusión entre ellos habría degenerado en disputa.

Su entrevista con los dos arriesgados trapecistas fue un fracaso, y no consiguió la interviú. Se encogió de hombros, pues sabía que no había perdido el tiempo. En su bolso tenía el papel entregado por el payaso de forma tan inesperada, debiéndolo entregar al teniente Mac Gregor.

Siguió andando, cada vez con mayor rapidez, deseando llegar al lugar donde dejó su coche. Se encontraba entre dos carros, todavía cerca del ocupado por los dos amigos. A su derecha estaba una tienda, desviándose para no tropezar con una cuerda.

En aquel momento un hombre surgió a su lado. Apenas lo vio, pues se arrojó sobre ella. Intentó eludirlo y no le fue posible, pues unos brazos la sujetaron con fuerza.

El miedo le hizo lanzar un grito de terror, resonando con fuerza en la noche. Una mano brutal oprimió su boca, impidiéndole volver a gritar, mientras se escuchaba correr de pasos.

Notó como su agresor se quedaba inmóvil, como si intentase no llamar la atención, mientras mascullaba con voz ronca.

—Te mataré, maldita.

Una terrible angustia se apoderó de ella, creyendo capaz a su agresor de cumplir su palabra. Intentó resistirse, pero el hombre lo evitó con facilidad.

Muy cerca se oyó una voz varonil.

—¿Quién ha gritado?

Reconoció la voz de Clark Sekyra y su corazón latió con fuerza, animado por la esperanza. La mano de su agresor le apretó la garganta,

sintiendo una sensación de ahogo. Desesperadamente mordió la mano del hombre, y este la apartó profiriendo un gruñido. Aprovechó esta circunstancia para lanzar otro grito de auxilio.

Los pasos de Clark Sekyra se acercaron, corriendo veloz. Frances notó como su feroz enemigo la derribaba, tras haberle apretado con fuerza la garganta. Entonces el hombre le arrancó el bolso y huyó precipitadamente.

Lo hizo a tiempo, pues Clark Sekyra ya se encontraba muy cerca de ellos.

CAPÍTULO III

Clark Sekyra se lanzó como una exhalación en la noche, asaltado por un presentimiento. Tuvo la seguridad de que el grito de terror fue lanzado por la bella periodista.

Debió detenerse desorientado y a su vez inquirió.

—¿Quién ha gritado?

No obtuvo contestación, viéndose obligado a avanzar con lentitud por temor a alejarse. Una persona se encontraba en peligro y debía acudir en su auxilio, más tratándose de una mujer.

De nuevo sonó el grito de auxilio y ya no tuvo duda de donde partió. Corrió hacia el lugar con la mayor velocidad posible y vio a un hombre que huía. A pesar de ver a una mujer en el suelo siguió a su agresor.

Inmediatamente tuvo que desistir de la persecución, pues el desconocido desapareció en la oscuridad de la noche. Ya no trató de orientarse, regresando al lugar donde se encontraba la persona agredida.

Se trataba de una mujer, no se equivocó. Los gritos lanzados por esta lo indicaba sin ninguna duda. Antes de inclinarse ya tenía la seguridad de ser la periodista.

—¿Dónde estás, Clark?

—Aquí, Joe.

Varias personas se acercaban. Clark se arrodilló y levantó la cabeza de Frances. Dejó escapar un suspiro de alivio, al comprobar que respiraba. Su agresor no la mató.

—¿Cómo se encuentra?

La joven abrió los ojos y le sonrió dulcemente.

—Bastante bien, no...

Y perdió el conocimiento.

Clark la miró embelesado, aquella sonrisa le conquistó por completo. La levantó en sus poderosos brazos y echó a andar, mientras Joe le preguntaba:

—¿Es la periodista?

Varios artistas preguntaban con ansiedad sobre lo ocurrido, pero Clark avanzaba hacia su carro, para prestar los primeros cuidados a la muchacha. Se hallaba tranquilizado, por tener la seguridad de no estar gravemente herida.

Cuando se disponía a subir los peldaños, Reginald Haines le cogió del brazo, obligándole a detenerse.

—¿Qué ha ocurrido, Sekyra?

—No lo sé con certeza. Alguien ha agredido a esta joven.

—Es la periodista. Le prohibí venir a verles, pero no me hizo caso. Si le ha ocurrido alguna desgracia, lo ha merecido.

—Guárdese los reproches para luego, Haines —respondió el joven con aspereza—. Ahora debo prestarle los cuidados convenientes.

—No quiero extraños en el circo.

—Esta extraña es forzosa, aunque tenga la culpa de ello.

Haines reprimió una contestación airada, dio media vuelta con brusquedad y se alejó. Clark subió los peldaños con su carga, contento de verse libre de la presencia de Reginald Haines, que nunca le fue agradable.

Dejó a Frances en su lecho y de un vistazo descubrió unas huellas de dedos en su garganta. El carmín de sus labios le manchaba la cara. Una mano brutal la apretó con rudeza, probablemente para evitar que gritase.

Empapó su pañuelo con agua y lo pasó con suavidad por la frente de la joven. Frances exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos. Miró a los dos hombres inclinados con avidez sobre ella y sonrió, teniendo la certeza de estar fuera de todo peligro.

Fue algo inesperado y que produjo una desagradable impresión en Clark. Frances cogió la mano del gigantón, estrechándola con afecto, sus labios musitaron.

—Le agradezco mucho su ayuda, señor Norman.

—Se equivoca, señorita. Ha sido Clark quien llegó antes a su lado. Su agradecimiento debe ser para él.

El joven vio cómo la carita de la muchacha se contraía en un mohín de contrariedad. Después le miraba, sin soltar la manaza de Joe.

—Le estoy muy agradecida, señor Sekyra.

—No tiene importancia. Ignoraba que fuese usted la persona en peligro. De ser así, mi conducta habría sido la misma.

—Es usted muy sincero.

—Acostumbro a serlo. ¿Se encuentra mejor?

—Sí. Aunque me duele la garganta.

—Es natural. Un poco de *whisky* le sentará bien, la reanimará.

—No me gusta el *whisky*.

Pero Clark ya se encontraba en la puerta del carro.

—Ya podéis retiraros, la señorita se encuentra bien. Solo se ha torcido un tobillo. Jimmy, necesito un vaso de *whisky*.

—Enseguida te lo traeré, Clark.

El llamado Jimmy se alejó presuroso, mientras sus compañeros se retiraban a su alojamiento, haciendo distintos comentarios. Ninguno de ellos creía en lo dicho por el joven trapecista, pues la muchacha gritó dos veces. Los dos gritos fueron fuertes, angustiosos. En el intervalo de ambos no se oyó ninguna lamentación, cosa natural en una persona víctima de una dolorosa torcedura.

Mientras esperaba el regreso de Jimmy, Clark encendió un cigarrillo,

exhalando una bocanada de humo. Su mirada se posó en el estrellado firmamento. Hacía una noche serena y despejada y tenía la impresión de que cada uno de aquellos puntitos luminosos le hacían guiños burlones.

Sentíase enfurecido con la periodista, pues las palabras de agradecimiento dirigidas a él parecieron forzadas, mientras a Joe le habló con gran confianza. Y todo ello contrastaba con su dulce sonrisa, cuando llegó a su lado.

¡Al diablo con las mujeres! ¿Qué le importaba a él aquella mujer?

A pesar de formularse esta pregunta, dándole una respuesta rotundamente negativa, no conseguía tranquilizarse. Todavía notaba una intensa angustia al pensar en haber llegado tarde, encontrando a la muchacha estrangulada. Por otra parte, estaba enfurecido por su aspecto desdeñoso cuando se dirigía a él.

Aunque solo fuese por gratitud, debía mostrarse amable con él, sonriéndole como hizo al llegar a su lado. Entonces le dio la sensación de ser un ángel.

Llegó Jimmy. Se trataba de un payaso de mediana estatura. Su rostro estaba limpio, aparentaba unos treinta y cinco años. Sus facciones eran afectuosas.

—Aquí tienes el *whisky*, Clark.

—Gracias, Jimmy.

Cogió el vaso y se aproximó a Frances. La joven conversaba animadamente con Joe. Apenas le dirigió una mirada, los dedos de Clark oprimieron con furia el vaso.

Jimmy entró en el carro, quedándose en un rincón, dando la impresión de querer pasar inadvertido. Quizá temía contrariar a Clark con su presencia. El joven había dejado la puerta del carro abierta. De esta forma la actitud de Joe y suya era correcta.

—Beba un trago.

Los verdes ojos de Frances se clavaron en el rostro del trapecista. El joven pareció recibir una descarga eléctrica en su cuerpo, pero con un esfuerzo logró permanecer impasible, alargando el vaso.

—No me gusta el *whisky*.

—No se trata de si le gusta, es como si fuese una medicina.

—Bien, doctor. Tomaré la medicina.

Clark masculló unas palabras ininteligibles, no gustándole la broma hecho por Frances. Esta cogió el vaso y sin respirar bebió un trago. Hizo una graciosa mueca, mientras se estremecía. No obstante, el color volvió a su pálido rostro.

Devolvió el vaso a Clark. El joven movió la cabeza negativamente.

—Debe bebérselo todo.

—Es usted un ser despótico.

—Beba.

Frances obedeció y no dejó una sola gota. Prefería tragarse aquel endiablado brebaje, a tener que enfrentarse otra vez con Clark Sekyra.

Se notó más reanimada, y se sentó.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó Joe cariñosamente.

—Sí. Prefiero más tratar con usted que con su amigo.

—Es usted injusta, señorita. Clark es más eficaz, ha logrado ponerla bien.

—Quizá sea debido al temor.

—Yo no he tratado de asustarla. Es usted una ingrata— le reprochó el joven sin poder contener su indignación.

—Perdone, no he querido decir eso —se disculpó Frances.

Clark se sentó frente a la joven.

—Ahora explíqueme lo ocurrido.

—Resulta inexplicable para mí. Salí de aquí y me dirigía hacia mi coche, cuando de súbito apareció una sombra y se abalanzó sobre mí, apretándome el cuello. Grité asustada y me tapó la boca con una mano, mientras seguía apretando. Logré morderle y pude gritar de nuevo. Entonces me derribó y...

Frances se interrumpió bruscamente, mientras sus ojos se habrían desmesuradamente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Joe con ansiedad.

Clark se limitó a mirarla interrogadoramente.

—Mi bolso. Me robó el bolso.

Su tono era angustioso.

—Su bolso era muy valioso, me di cuenta enseguida —respondió el joven con desdén—. Pero no debe preocuparse de él. Lo principal es haber salvado la vida.

—Usted no lo comprende. En él llevaba algo muy importante.

—Nada existe tan valioso como la propia existencia. Usted es muy joven.

—No me pertenecía. Me lo entregaron antes de llegar a este carro.

Clark y Joe se miraron sorprendidos. Jimmy continuaba en el rincón observando interesado la escena.

—Explíquese, no la entendemos —dijo Clark poniéndole una mano en el hombro, en gesto instintivo.

Frances no trató de rehuir su contacto, al contrario, pareció agradecérselo. Tuvo la impresión de estar protegida de un peligro inminente.

—Ocurrió todo de improviso. Pregunté por ustedes y un hombre autoritario me prohibió la entrevista. Pero los periodistas tenemos la obligación de ser obstinados. Es un tanto por ciento muy elevado para triunfar, y le pregunté a un payaso. Este se ofreció amablemente a acompañarme hasta aquí. De súbito me puso un papel en la mano,

rogándome lo entregase a cierta persona. Se lo prometí y lo guardé en el bolso. Me recomendó no hacer ningún gesto de sorpresa, pues corríamos peligro. Me dio las gracias y se marchó.

—¿A quién debía entregar ese papel?

—No se lo puedo decir, no me pertenece ese secreto.

—Todo esto es muy extraño —comentó Joe aplastándose la nariz, un gesto peculiar en él.

—¿Cómo era ese payaso?

—Si lo viese, quizá lo reconocería. Llevaba la cara pintada.

—Descríbalo. Es muy importante hablar con él.

—No, no, quizá no lo desee.

—Sí lo deseará. Pues se enterará de que le han robado el papel que le entregó.

La joven quedó pensativa y asintió.

—Es cierto. Llevaba una peluca pelirroja, la nariz era una bola roja y dos círculos blancos alrededor de los ojos. Un cuello blanco y enorme le cubría la barba, era alto.

Clark miró a Jimmy.

—Esas características corresponden a Hank Burton, ¿verdad Jimmy?

—Sí, debe ser él.

—Vuelva mañana y hablará con él, señorita. Ahora le conviene llegar a su casa y descansar.

—Tiene razón. Perdonen no les haya dicho antes mi nombre. Me llamo Frances Bacall.

—La acompañaré hasta su coche —se ofreció Clark.

Se sorprendió al no oír la voz de Joe, ofreciéndose a ir con ellos. El gigantón permaneció inmóvil.

—No es necesario. Ya les he molestado bastante.

—Lamentaría le ocurriese otro percance. Si la dejo en su coche, dormiré más tranquilo.

—Siendo así…

Y Frances sonrió agradecida. Todo el malhumor de Clark se desvaneció. Ahora no tenía ninguna duda, pues aquella sonrisa estuvo dedicada a él.

La joven estrechó la mano de Joe y la de Jimmy, despidiéndose. Su paso no era muy firme y Clark se apresuró a cogerla del brazo. Al salir del carro oyeron la voz de Joe.



La joven volvió a gritar...

—No tardes mucho, Clark.

El tono de su amigo era malicioso y contuvo una imprecación. Con un esfuerzo respondió con naturalidad.

—Enseguida estaré de vuelta.

Y desapareció en la oscuridad de la noche con la joven.

Anduvieron en silencio, hasta encontrarse fuera del recinto del circo.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí; si quiere puede soltarme el brazo.

—Oh, no, no lo creo conveniente. Puede tropezar y lastimarse.

Otra vez se hizo el silencio. Ambos jóvenes estaban confusos, buscando en vano algo que decir. Llegaron hasta el coche de Frances.

—¿Se encuentra en condiciones de conducir?

—Sí, solo ha sido el susto sufrido. El *whisky* ha obrado muy bien, es una medicina eficaz.

—Otra vez no recoja encargos peligrosos. Por poco le cuesta la vida, debe ser prudente.

—Hank Burton me lo suplicó.

—¿A quién iba dirigido?

—No se lo puedo decir, antes debo hablar con Burton.

—Lleva razón. A pesar de todo es usted una chica juiciosa.

—¿Tan mala opinión se había formado de mí, Clark?

—Pues sí, la tomé por la hija de un millonario, que no vacila en recurrir a cualquier medio para satisfacer sus caprichos.

—Quizá no se haya equivocado.

—No lo creo. Su conducta ha sido correcta y se ha mostrado muy valiente. Yo la he causado una impresión deplorable, ¿verdad?

—Sí, autoritario y presuntuoso.

Clark tragó saliva con dificultad al oír esta contestación. Frances ya estaba sentada ante el volante, mirándole sonriente. Puso el coche en marcha y dijo.

—Pero su actuación ha sido maravillosa y su conducta conmigo… también.

Clark permaneció inmóvil, viendo como el coche se alejaba veloz después se encogió de hombros y regresó al carro.

Maquinalmente extrajo un cigarro y lo encendió, andando con lentitud, sumido en sus pensamientos. Estos le desconcertaban por completo. En lugar de pensar en lo ocurrido, su atención quedaba concentrada en la sugestiva imagen de Frances Bacall, Hasta entonces habíase dedicado en cuerpo y alma a su profesión, dispuesto a corresponder a los esfuerzos realizados por Joe para ayudarle. Ahora se encontraba en condiciones de compensar los sacrificios realizados por el noble gigantón. Ya eran famosos y sus nombres en un circo significaba una gran atracción. Todo se debía a

él, pues sus condiciones para el trapecio eran fabulosas. Pero fue Joe quien le descubrió y le mantuvo a su lado, entrenándole con ahínco y sin desmayo.

La noche anterior tuvo ocasión de demostrar públicamente su gratitud a su amigo, en la entrevista frente a la cámara de televisión.

Cinco años atrás, él llevaba una existencia despreocupada y algo equivocada, aunque no llegó a salir de la ley debido a su innata honradez. El recuerdo de sus difuntos padres lo impidió. Su padre fue un rudo trabajador del puerto, siendo apreciado por todos sus amigos. Él debía seguir su ejemplo.

Se encontró en una embarazosa situación. Frank Milligan, jefe de una cuadrilla de delincuentes, quiso obligarle a entrar en su organización. Se negó rotundamente y Milligan se atrevió a amenazarle. Con dos potentes puñetazos le puso fuera de combate.

Milligan quiso vengarse y dos noches después le tendió una encerrona, cayendo tres de sus hombres sobre él. El muchacho se defendió con bravura. Cuando se encontraba a punto de sucumbir, apareció providencialmente un gigantón, repartiendo contundentes puñetazos. Los tres rufianes quedaron tendidos en la calle.

Joe le llevó a su carro y ya no se separó de él.

Le faltaba poco para llegar a su alojamiento, cuando se detuvo, creyendo haber oído un gemido. Movió la cabeza, todo debió ser una sugestión suya, estimulado por los acontecimientos de aquella noche. Iba a reanudar su marcha, cuando oyó otro gemido.

—¿Quién está ahí? —inquirió en voz baja.

No deseaba volver a despertar la alarma en el circo.

No obtuvo contestación. Anduvo con lentitud hacia el lugar donde creía sonó el gemido y de nuevo oyó otro.

Avanzó con decisión hasta distinguir un cuerpo tendido en el suelo. No se sorprendió, esperándolo. Se inclinó y a la escasa claridad de las estrellas reconoció a Hank Burton.

Esto tampoco le sorprendió, pues esperaba hallar al payaso. Con horror contempló el mango de un cuchillo clavado en el pecho de Burton. No lo tocó, comprendiendo ser la herida mortal. El rostro del desventurado payaso estaba limpio, aunque cubierto de magulladuras y algunas heridas; había sido golpeado brutalmente.

—Hank, ¿me oyes? —inquirió arrodillándose y levantándole la cabeza.

El moribundo abrió los ojos y cerró los párpados, como muda contestación.

—¿Quién te ha matado?

Trabajosamente abrió la boca, pero no logró articular una sola palabra. Su esfuerzo solo sirvió para echar una bocanada de sangre.

Clark extrajo su pañuelo y le limpió piadosamente. Sentíase enfurecido

por aquel inhumano crimen. La agonía del desventurado payaso era horrible.

Hank Burton se incorporó con un sobrehumano esfuerzo, sus ojos brillaban.

—Gracias, Clark. Ha... sido...

No pudo continuar hablando, porque sobrevino otro vómito de sangre, cayendo su cabeza pesadamente sobre el brazo del joven. La muerte habíase apoderado de él.

Clark lo dejó cuidadosamente en el suelo y se irguió. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas. Su bata azul y sus manos cubiertas de sangre, pero esto no le preocupaba en absoluto.

Le dolía la muerte de Hank Burton. Apenas hacia un mes que le conocía, todo el tiempo que llevaban en el circo. Fueron contratados ventajosamente por Reginald Haines. Eran el número más nuevo y de mayor atracción.

Hank Burton quizá no fuese un gran payaso, pero poseía una regular bis cómica, siendo su comportamiento agradable y afectuoso. Con Joe y él se entabló una regular amistad, gastándose bromas. Le dolía verle inmóvil con aquella horrible herida en el pecho, y su rostro duramente golpeado.

Llegó al carro y Joe, al verle, exclamó alarmado.

—¿Qué te ha ocurrido, muchacho? Estás lleno de sangre.

—Se ha cometido un crimen en el circo.

—¿Han matado a Frances? —inquirió con temor.

—No, después de dejarla en el coche, he visto a Hank Burton con un cuchillo clavado en el pecho. Todavía vivía.

—¿Qué te ha dicho?

—Apenas pudo hablar, falleció enseguida.

—Hank Burton, pobre chico. Es extraño, precisamente quien entregó el papel a Frances.

—Ya he pensado en ello. Debía ser algo muy importante. Por ese papel lo han matado e intentaron hacer lo mismo con Frances.

—Debemos comunicárselo a Haines, él se encargará de llamar a la policía. No podemos hacerlo por nuestra cuenta.

Los dos amigos se dirigieron hacia el suntuoso remolque de Reginald Haines. El campamento ofrecía un rudo contraste entre sí. Grandes coches y remolques junto a carros antiguos, aunque ninguno de estos eran arrastrados por caballos. Cuando emprendían la marcha, eran colocados dentro de grandes camiones.

Reginald Haines ya estaba acostado y abrió la puerta con expresión malhumorada. Sus ojos se fijaron en los trapecistas.

—¿Qué diablos ocurre ahora? No se puede dormir esta... —se interrumpió, mirando la sangre, que cubría la bata azul de Clark—. ¿Qué significa esa sangre?

—He encontrado muerto a Hank Burton.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó sorprendido.

—He encontrado muerto a Hank Burton —repitió Clark, mirando al director del circo con fijeza.

—¿Se ha caído?

—No, ha sido asesinado. Alguien le ha clavado un cuchillo.

—Debo llamar a la policía. Un asesinato en el circo, será un duro golpe para las representaciones.

—No debe preocuparse por eso, Haines. Ahora lo más importante es descubrir al asesino de Burton.

—Sí, llamaré a la comisaría.

Haines se volvió con brusquedad. Clark y Joe permanecieron inmóviles, oyéndole llamar a la policía. Habló con brevedad y colgó. No tardó en estar frente a ellos.

—Vamos a ver al pobre Burton.

Joe se estremeció al ver el cadáver del payaso. Le causó un terrible efecto, sobre todo al contemplar su rostro brutalmente golpeado. Siempre simpatizó con aquel desgraciado y le dolió verle tendido como un guiñapo.

Haines se inclinó, examinándolo con frialdad. Se limitó a comentar:

—Está muerto.

—Sí, la cuchillada ha sido certera —asintió Clark.

—¿Vivía cuando usted lo encontró?

—Sí, pero no llegó a hablar. Murió enseguida, había perdido mucha sangre.

Joe se alejó en silencio y no tardó en regresar con una manta. Iba a cubrir piadosamente el cadáver, pero Clark le cogió con fuerza.

—¡Quieto, Joe! La policía debe encontrarlo así.

—Es un horrible espectáculo.

—Lo es, pero una vez hayan terminado las diligencias, ellos se cuidarán de él.

Joe se encogió de hombros y fue a dejar la manta.

Reginald Haines se paseaba nervioso y permanecieron sin hablar, hasta escuchar la llegada de dos automóviles:

CAPÍTULO IV

Un hombre de mediana estatura y aspecto vigoroso se detuvo ante los dos amigos y Haines. Estos habíanse adelantado a su encuentro. Los examinó ceñudo y preguntó:

—¿Quién de ustedes ha llamado a la policía?

—Yo. Me llamo Reginald Haines y soy el director del circo.

—¿Dónde está el cadáver?

—A unos metros de aquí, teniente.

—Soy el sargento Basset —aclaró el hombre con dureza.

Cuando llegaron al lado del desventurado payaso, Haines lo señaló con un gesto. El sargento se inclinó y examinó el cadáver, mientras un agente le alumbraba con una potente lámpara.

—Sí, la cuchillada ha sido certera —masculló el sargento Basset—. Quien la asestó tiene experiencia, algo así como un asesino profesional. Antes golpearon a este desgraciado.

Estas palabras las pronunció como si hablase consigo mismo. Después se volvió a Haines.

—¿Quién era?

—Hank Burton. Llevaba unos seis meses actuando como payaso.

—¡Ah, un payaso! ¿Cómo está usted manchado de sangre?

Esta pregunta estaba dirigida a Clark. A la luz de la lámpara acababa de darse cuenta de las manchas de la bata del joven. Su mirada estaba clavada en él con dureza.

—Descubrí a Hank y traté de auxiliarle. Todavía vivía.

—Conque fue usted quien lo descubrió. ¿Cómo se llama?

—Clark Sekyra.

—¿Qué hace usted en el circo?

—Trapecista.

—Bien, después le tomaré declaración. Saque fotografías.

Dos hombres impresionaron varias placas desde distintos ángulos de vista. Cuando dieron por terminada su labor, el sargento Basset dijo:

—Ahora le toca a usted, doctor.

Un hombrecillo provisto de un maletín se adelantó. Se arrodilló ante el cadáver y lo examinó con movimientos expertos. Su examen fue rápido.

—Este hombre apenas hace media hora que ha dejado de existir.

—Bien, puede ser conducido al depósito —miró a su alrededor, viendo a varias figuras inmóviles—. ¿Quiénes son?

—Todos pertenecen al circo, sargento —respondió Haines—. Se han despertado y están interesados por la muerte de su compañero.

—Ya pueden retirarse a dormir. Por esta noche han terminado las diligencias. Mañana regresaremos a primera hora. Usted, Sekyra, no debe alejarse bajo ningún pretexto. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

Los artistas se alejaron, haciendo comentarios entre sí. Muchos de ellos relacionaban la muerte de Burton con el suceso ocurrido poco antes. El cadáver fue conducido al depósito, dejando el sargento Basset a dos agentes de vigilancia, encargándoles prohibir a todos circular por aquel lugar.

—Ese sargento es un estúpido —masculló Joe tan pronto entraron en el carro—. Es capaz de sospechar de ti.

—No lo creo. Mi conducta es limpia. Acompañé a Frances hasta su coche, descubrí el cadáver de Burton y vine en tu busca.

—Pasó bastante rato, muchacho.

—Es cierto, anduvimos despacio. Cuando arrancó el coche regresé con lentitud. No tenía prisa. Sí, el sargento Basset tendrá motivos para creerme sospechoso.

—Puedo afirmar que estuviste menos tiempo.

—No, Joe, las mentiras no conducen nunca a buen fin. Se puede descubrir y la situación sería más peligrosa. No tengo nada que temer, soy inocente.

—Ese sargento me ha causado mala impresión. Tiene aspecto de ser muy bruto y testarudo.

—No hagas juicios temerarios. Además, mañana se encargará del caso un teniente. No es eso lo que me preocupa. Tras todo esto se oculta algo siniestro. El pobre Hank Burton había hecho un descubrimiento importante, por eso le asesinaron. Por el mismo motivo intentaron matar a Frances.

—Todo esto es muy confuso —gruñó el gigantón.

—Acuéstate, Joe. Voy a ducharme, no me gusta ir lleno de sangre, y menos no siendo mía.

Joe cogió una botella de limonada y la vació de un trago. Mientras tanto, Clark se metía en la ducha, enjabonándose con furia. ¿Quién mató a Hank Burton? Debía ser un miembro del circo, de esto no podía tener la menor duda.

Se frotó vigorosamente con la toalla y se metió en el lecho. Joe ya roncaba ruidosamente. Le miró con afecto antes de apagar la luz. Su amigo era un niño grande y bueno, nada podía hacer mella en su espíritu. Dormía con el sueño de los justos.

Si los miembros del circo madrugaron, más lo hizo la policía. El sargento Basset, con aspecto aún más agresivo que la noche anterior, eligió un remolque como oficina provisional. Reginald Haines se apresuró a darle toda clase de facilidades.

Examinaron minuciosamente el terreno donde se cometió el crimen, aunque sin encontrar nada decisivo. Los artistas andaban taciturnos, sin hablarse, como si recelasen la presencia de un asesino entre ellos. Todos lamentaban la muerte de Hank Burton, pues en el tiempo que llevaba entre ellos se granjeó el afecto de la mayoría.

Los agentes se movían examinando con atención cuanto se desarrollaba a su alrededor, pero no hacían ninguna pregunta.

Clark y Joe habían desayunado y estaban sentados en los peldaños del carro, fumando tranquilamente. El sargento Basset pasó una vez por delante de ellos, pero no les hizo ninguna pregunta, ni dio la menor muestra de haberles reconocido.

Llevaban algunos minutos en aquella posición, cuando vieron llegar un coche. Dos hombres descendieron de él. Uno de ellos tendría unos cincuenta años, alto y delgado, rostro alargado, pómulos salientes y ojos escudriñadores. Sus cabellos eran grises y vestía con cierto desaliño.

El sargento Basset se apresuró a salirle al encuentro, saludándole con afecto. En lugar de parecer jefe y subalterno, daban la impresión de ser dos amigos.

—Todo está preparado para empezar el interrogatorio, teniente.

—Primero interrogaré al que descubrió el cadáver. No me gusta este caso, Basset.

—A mí tampoco. Se trata de un asesinato brutal.

—Todos lo son —sonrió el teniente Mac Gregor.

—Sí. Pero en este el asesino se ensañó con su víctima, como si tratase de hacerle declarar algo.

—Esa impresión causa.

Los dos hombres se sentaron en la improvisada oficina, mientras un agente avisaba a Clark y a Reginald Haines. El primero en llegar fue Haines, presentándose al teniente y poniéndose por completo a su disposición.

—Estoy apesadumbrado, teniente Mac Gregor. En el circo jamás había ocurrido nada parecido, somos como una gran y bien unida familia.

—Lo comprendo, Haines. Haga el favor de salir, deseo interrogar antes a Clark Sekyra.

—Como usted desee.

El joven ya se encontraba en el interior del remolque. Haines pasó por su lado sin mirarle, y no comprendió la actitud del director. Nunca había simpatizado con aquel hombre, y creía ser correspondido con el mismo sentimiento; pero de eso a aquella manifiesta animosidad mediaba una gran distancia.

Todo esto se olvidó de la mente del joven, al encontrarse bajo la mirada inquisitiva del teniente Mac Gregor. Este le observaba con fijeza, mientras el sargento Basset permanecía inmóvil a su lado, con el ceño fruncido.

—¿Cómo se llama y a qué se dedica? —preguntó Mac Gregor.

—Clark Sekyra, soy trapecista.

—¿Cómo descubrió el cadáver de Hank Burton?

—Por casualidad. Regresaba a mí carro cuando oí un gemido, viendo a Burton en el suelo, con un cuchillo clavado en el pecho.

—¿Por qué no avisó a alguien antes de mancharse de sangre?

—No pensé en ello, señor. Mi deber era auxiliar a un hombre herido. Todavía podía salvarle. Aunque inmediatamente falleció.

—Aún vivía. ¿Pudo hablar?

—Muy poco. Sus palabras fueron estas, nunca se me olvidarán: «Gracias, Clark. Ha… sido…» No pudo continuar hablando, estaba muerto.

—A juzgar por esas palabras, usted debía conocer al asesino.

—Eso deduje.

—¿Qué hacía usted a esas horas fuera de su carro?

—Acababa de acompañar a una joven a su coche.

—¿Su novia?

—No, señor. Hacía escasamente media hora que la conocía. Es periodista y deseaba hacemos una interviú, a la que nos negamos, por haber recibido instrucciones a ese respecto. Cuando se marchó sufrió una agresión y llegué a tiempo de salvarla.

—Estuvo muy oportuno anoche, Sekyra —comentó el teniente, con suavidad, sin apartar la mirada del rostro del joven.

Clark enrojeció levemente y asintió en silencio.

—¿Cómo se llama esa joven?

—Frances Bacall.

El sargento Basset hizo un gesto de sorpresa. Mac Gregor le miró e inquirió:

—¿La conoce usted, sargento?

—Sí, señor. Es la hija de Lionel Bacall. Se dedica a las noticias de sociedad y temas similares.

—Será conveniente llamarla. Puede esclarecer este caso. Todo es muy confuso.

Clark notó un agudo dolor en el interior de su ser, sin poder precisar dónde. Sin embargo, no estaba sorprendido y esperaba algo parecido. La forma de pronunciar el sargento el nombre del padre de la joven, no dejaba lugar a dudas de que se trataba de un hombre importante. Frances era una muchacha caprichosa.

El teniente Mac Gregor le miraba de nuevo.

—Puede retirarse, Sekyra. Le estoy agradecido por sus respuestas. Se encuentra libre, pero no puede salir del circo.

—No tengo motivos para salir.

—Muy bien. Usted es sospechoso como cualquiera que preste sus servicios al circo. Es probable que el asesino sea uno de ustedes. Haga el

favor de decir al señor Haines que puede pasar.

El joven inclinó la cabeza levemente y salió. Vio a Haines paseando nerviosamente, se le acercó.

—El teniente me ha encargado decirle que puede usted entrar.

—¿Ha sido duro el interrogatorio?

—No, en absoluto.

Creyó percibir un leve suspiro de alivio en Haines. Resultaba natural, pues debía estar preocupado. Un crimen en el circo no resultaba una buena propaganda precisamente. El público podía reaccionar de dos formas: agotar las localidades llevado por su morbosidad, o dejar de acudir al espectáculo debido a una instintiva prevención.

Y a ellos no les interesaba la publicidad siniestra de un crimen, pues los espectadores llenaban las localidades. Los números eran buenos, destacando el de «Las Águilas del Espacio».

Haines sonrió al entrar. El sargento Basset siguió ceñudo, mientras el teniente decía:

—Según la declaración de Clark Sekyra, el asesino debe ser alguien de la nómina. ¿Sospecha usted quién puede ser?

El director parpadeó sorprendido. No esperaba esta pregunta tan directa. Carraspeó antes de responder:

—No, no, en absoluto. ¿Por qué iba a sospechar?

—Usted debe conocer bien a estas personas, cómo son sus caracteres y costumbres. ¿Hank Burton era violento?

—No, al contrario. Ya llevaba medio año con nosotros y siempre se mostró jovial y amable.

—¿No tuvo ninguna discusión reciente?

—No, al menos que yo esté enterado.

—¿Cuál es su opinión sobre Clark Sekyra?

—Como trapecista, magnífico. Él y su compañero forman el número más atractivo del programa. Como persona no puedo opinar, apenas lleva un mes con nosotros. Le hice una excelente proposición y aceptaron.

—¿Le ha pedido dinero adelantado?

—No.

—Gracias, Haines. Ha sido muy amable al contestar a mis preguntas.

—Es mi obligación... Puede contar conmigo para cuanto le haga falta. ¿Publicarán el crimen los periódicos?

—Sí, no podemos evitarlo. Los periodistas no tardarán en merodear por el circo —el teniente Mac Gregor se encogió de hombros—. Es una plaga inevitable.

—Sí, no me hace ninguna gracia.

—Le comprendo, Haines—. Mac Gregor hizo un gesto, deteniendo al director—. Anoche ocurrió un incidente, ¿puede usted explicármelo?

—¿Un incidente? —Haines arqueó las cejas sorprendido—. No

recuerdo.

—Sí, se trata de la señorita Bacall, una periodista.

—¡Ah, se refiere a aquella entrometida! —exclamó Haines, con evidente disgusto—. Ya me acuerdo, carece de importancia. Esa periodista intentaba hacer una interviú a Sekyra y Norman. Me negué, prohibiéndole su estancia entre nosotros. Al parecer no hizo caso, y fue en busca de los trapecistas. No sé lo ocurrido con certeza, pero vi cómo Sekyra la llevaba desvanecida en brazos. Me dijo que había sufrido una torcedura. Ya no hice caso y me acosté, despertándome poco después Sekyra y Norman. El primero llevaba la bata cubierta de sangre y me informaron del hallazgo de Hank Burton asesinado. Inmediatamente llamé a la policía.

—¿Las relaciones entre Sekyra y Burton eran cordiales?

—Al parecer, sí.

—Ya puede usted marcharse, Haines.

El director salió del remolque, mientras el sargento Basset soltaba una imprecación.

—Mal asunto, teniente... La gente del circo nunca me ha gustado, es como una gran familia, se protegen los unos a los otros.

—No se trata de un crimen vulgar, Basset. Es más importante. Existe algo oculto. Me interesa hablar con esa muchacha.

—Ya he enviado a un agente en su busca. No tardará en estar aquí. Es muy voluntariosa, si puede le ayudará.

—¡Caramba, le desconozco! ¿Desde cuándo es de su agrado un periodista? Tenía entendido que no los soportaba.

—En general, sí. Frances Bacall es distinta, no habla mucho y da la sensación de ser inteligente.

El teniente Mac Gregor sonrió. Frances Bacall debía ser una excepción cuando Basset la tenía en gran estima, a juzgar por sus palabras. Un elogio en los labios del sargento era algo muy difícil de conseguir.

En aquel instante entró un agente, se cuadró y anunció:

—Una señorita desea hablarle, teniente. Dice ser periodista y llamarse Frances Bacall.

Los dos hombres se miraron. La joven no había tenido tiempo de recibir la orden de presentarse en el circo. Debía actuar por cuenta propia.

—Puede pasar enseguida —asintió el teniente Mac Gregor.

⋆ ⋆ ⋆

Frances se despertó atemorizada. Tenía la impresión de ser estrangulada. Una mano férrea le apretaba el cuello con saña. Se sentó en el lecho y miró a su alrededor asustada. Se tranquilizó al comprender que acababa de ser víctima de una pesadilla.

Sonrió aliviada y se acarició la garganta, procediendo a levantarse. Siempre acostumbraba a madrugar, y más lo haría aquella mañana,

después del excitante suceso de la noche pasada.

Podía escribir un buen artículo, sembrando la curiosidad de los lectores. «Intento de asesinato de una periodista en un circo». Un título altamente sugestivo. Pero no podía hacerlo, se trataba de una información incompleta. El público exigía noticias concretas, al menos si existía un crimen o un robo importante y audaz. Ella carecía de este interés.

Además, se trataba de un secreto que no le pertenecía. Ella debía comunicarlo tan solo al teniente Mac Gregor, a quién iba dirigido el misterioso mensaje.

Se duchó y lavó los dientes, pensando en el apuesto trapecista. Se miró al espejo cuando se pintaba los labios. Era bonita. La imagen reflejada en el espejo lo indicaba. Clark Sekyra debió sentirse impresionado al llevarla en brazos, después de haber hecho huir a su brutal agresor.

La prueba la tenía al brindarse a acompañarla hasta su coche, llevándola asida del brazo. Aún le parecía sentir el contacto de su fuerte mano.

Desayunó contrariada, pues se encontraba ante su esperada oportunidad, sin poder hacer nada. Tan solo tratar de comunicarse con Hank Burton y decirle la desagradable noticia. El payaso quizá le recriminase su descuido, pero le respondería no poder haber hecho nada para evitar la sustracción de su bolso. El desconocido trató de asesinarla, habiéndolo evitado la llegada de Clark.

La doncella le sirvió el desayuno. En la bandeja estaba el periódico de la mañana. Frances lo cogió distraídamente, leyendo los titulares con indiferencia.

Iba a dejarlo, cuando su mirada se posó en las últimas noticias, y parpadeó sorprendida al leer:

«Misterioso crimen en un circo».

Tragó con dificultad lo que tenía en la boca y dedicó toda su atención a las breves líneas:

> «Anoche apareció muerto, con un cuchillo clavado en el pecho, un payaso. El infortunado se llamaba Hank Burton. La policía está investigando para esclarecer este brutal asesinato. La víctima tenía terribles heridas en la cara y había sido golpeado. Informaremos a nuestros lectores con cuantos detalles logremos adquirir».

¡Hank Burton asesinado! Por un momento la estancia dio vueltas alrededor de la joven. Perdió el apetito y se levantó.

Movió la cabeza y cogiendo el vaso de leche lo apuró de un trago. Le convenía estar fuerte, pues la esperaba una ajetreada jornada. Indudablemente se encontraba ante su oportunidad. Su instinto profesional

no la engañó.

Iba a salir, cuando vio a su padre. Este sonrió.

—Buenos días, Frances.

—Buenos días, papá —le besó con afecto en la mejilla—. No me puedo entretener, es muy importante.

—Solo deseo que encuentres un hombre con más autoridad que yo, que te obligue a sentar la cabeza.

—¿Existe ese hombre?

Al formular esta irónica pregunta, evocó la figura de Clark Sekyra.

—Debe existir. Ya le aconsejaré la forma de tratarte, completamente opuesta a la mía.

—Sí, tú eres encantador.

—¡Hum! Ese capricho de ser periodista...

—Hasta la noche. Estaré todo el día fuera de casa.

—No cometas locuras.

La joven ya no le oía y se alejó apresuradamente. Lionel Bacall movió la cabeza apesadumbrado; su hija ya tenía edad para casarse, fundar un hogar y hacerle abuelo, Esta era su mayor ilusión.

Frances no tardó en encontrarse en las proximidades del circo, teniendo dificultad para aparcar el coche. Lo esperaba y no sentíase defraudada. Los periodistas habrían llovido sobre el circo, en su afán informativo.

No pudo menos de sonreír al recordar a Reginald Haines. El autoritario director estaría contrariado ante aquel enjambre de periodistas llovido sobre el circo. Todos ansiando encontrar noticias sensacionales. Se vería impotente para evitarlo.

Los periodistas se encontraban en la entrada. Esta se hallaba protegida por dos policías. Todos los semblantes expresaban contrariedad.

—¡Hola, Frances! ¿Qué haces aquí?

Se volvió sorprendida y sonrió.

—¿Eres tú, Johnny?

—Naturalmente —respondió un joven de mediana estatura y aspecto simpático.

Su sombrero estaba echado hacia atrás, mostrando un mechón de cabellos pelirrojos. Añadió:

—Soy el encargado de la sección de sucesos. Ya puedes largarte.

—¿No dejan entrar a nadie?

—Ya lo estás viendo, encanto. El sargento Basset siempre ha sido un hueso, pero en esta ocasión se ha superado. Esa puerta no puede cruzarla una mosca.

—Hasta luego, Johnny.

—Frances, te he...

Se encogió de hombros, viendo cómo la muchacha se dirigía hacia la puerta. Después sonrió burlón:

—Ya se cuidarán esos polizontes de hacerte entrar en razón.

Y con las manos en los bolsillos del pantalón observó divertido los movimientos de Frances.

—No se puede entrar, señorita. Haga el favor de retirarse.

—Debo hablar cuanto antes con el teniente, es muy importante.

—No es posible. Tengo órdenes rigurosas.

—Esas órdenes no evitarán que le diga al teniente que la señorita Frances Bacall desea hablarle.

El policía se rascó una oreja con perplejidad, mirando a su compañero. Este se limitó a encogerse de hombros.

—¿No se tratará de una broma? Sería de pésimo gusto, me ganaría una reprimenda.

—No se trata de ninguna broma ni de una treta.

—Está bien. Espere, señorita Bacall.

Y el policía se alejó.

Johnny Birkie torció los labios en un gesto de perplejidad, aunque no tardó en recuperar su aspecto burlón. Frances no conseguiría entrar en el circo.

CAPÍTULO V

El policía regresó. Lo hizo apresuradamente. Se inclinó ligeramente al decir:

—Puede usted pasar, señorita Bacall.

La joven volvió la cabeza y sonrió a Johnny. Este se dio un golpe en el sombrero, mientras mascullaba:

—¡Malditas mujeres!

Frances siguió hacia delante y no tardó en ver la maciza figura del sargento Basset en la puerta de un remolque. Le sonrió, obteniendo como contestación un gruñido. Esto complació a la muchacha, que no esperaba otra cosa del sargento.

—Me alegro, sargento. Es usted un ángel.

—No puedo decir lo mismo, señorita Bacall. Las mujeres solo deben cuidarse de las notas de sociedad, es lo más adecuado. ¿Qué diablos tiene que ver con este crimen?

—Debo hablar cuanto antes con el teniente Mac Gregor; solo declararé ante él. El teniente me disculpará por haberle molestado, pero es la forma más práctica de entrevistarme con él.

—Ahí dentro está el teniente Mac Gregor. La está esperando.

—¿El teniente Mac Gregor se encarga de este caso?

—Sí.

—Me alegro, sargento. Es usted un ángel.

El sargento Basset hizo un esfuerzo por continuar serio. No podía evitarlo, sintiendo una manifiesta debilidad por aquella muchacha tan linda y avispada.

Se vio frente al teniente Mac Gregor, estrechando la mano que este le tendía.

—Haga el favor de sentarse, señorita Bacall. Ha sido usted muy oportuna, pues he enviado a un agente en su busca.

—Lo lamento, no me encontrará. Cuando he leído el periódico, me he apresurado a venir. Lamento la muerte de Hank Burton.

—¿Le conocía usted? —preguntó Mac Gregor con viveza.

—Solo hablé un momento con él. Me entregó una nota para usted.

El teniente exhaló un suspiro de satisfacción y sonrió.

—Démela.

—No me es posible. Me la arrebataron brutalmente.

La sonrisa desapareció de los labios de Mac Gregor. Sus ojos estaban fijos en los de la muchacha.

—Haga el favor de explicarse.

Frances relató todo lo ocurrido a partir de preguntar a Hank Burton por el carro de «Las Águilas del Espacio». Fue escuchada en silencio por los tres hombres, pues un agente tomaba nota de cuanto se hablaba.

Mac Gregor perdió por un instante el dominio de sí mismo, propinando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldición! Hemos perdido la clave de este endemoniado asunto.

—No pude hacer otra cosa, teniente.

—No le culpo a usted. ¿Podría reconocer al hombre que la agredió?

—Es imposible, no pude verle. Se arrojó sobre mí por detrás. Tan solo puedo decirle que era alto y muy fuerte.

—En un circo deben abundar los hombres de esas características. ¿Está segura de que Clark Sekyra fue quien la auxilió?

—No puedo afirmarlo, pues perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos se encontraba a mí lado.

—Un hombre inteligente, en lugar de huir y correr el peligro de ser detenido, se queda a su lado, fingiendo haber acudido en su ayuda.

—¿Sospecha usted de Sekyra? No es posible, teniente.

—¿Por qué no? Clark Sekyra es alto y fuerte, la característica por usted descrita.

—No le creo capaz de cometer semejante acción. Clark Sekyra es inocente.

—Parece muy convencida de ello, señorita Bacall.

—Después me acompañó hasta mi coche, estuvimos mucho rato juntos, teniendo una gran oportunidad para realizar sus intenciones.

—Partiendo siempre de la base de ser un hombre inteligente, no podía hacerlo. Le vieron partir en su compañía y fue descubierto. Además, ya tenía en su poder el bolso y dentro de él se encontraba la nota que le dio Burton para mí.

—Clark Sekyra no pudo estar enterado de que yo poseyese la nota. Se encontraba en su carro.

—Todo eso ya lo averiguaremos. Sargento, haga venir a los dos trapecistas. Primero debe pasar Clark Sekyra.

Basset se apresuró a transmitir la orden. No tardó en entrar el joven. Llevaba un pantalón gris y una camisa azul, cuello abierto y arremangada por encima de los codos. Abrió la boca sorprendido al ver a la muchacha.

—Buenos, días, Frances. Me alegro de volverla a ver.

—Gracias, Clark.

—¿Me ha llamado, teniente Mac Gregor?

—Sí. Debo hacerle algunas preguntas.

—Le responderé, señor.

—¿No fue usted quien agredió a la señorita Bacall? Y cuando acudieron en su ayuda, fingió estar auxiliándola.

Y miró fijamente al joven, mientras lanzaba con brusquedad esta

acusación. Vio cómo Clark abría la boca sorprendido, incapaz de hablar. Después reaccionó con violencia.

—¿Cómo se atreve a hacerme esa acusación? yo acudí en auxilio de la señorita Bacall, persiguiendo a su agresor.

—¿Pudo reconocer a este?

—No, se perdió en la oscuridad. Sobre ese particular puedo demostrar mi inocencia. Me encontraba en el carro con Joe, los dos oímos el primer grito lanzado por la señorita Bacall. Corrí en su ayuda y presentí que se encontraba en peligro. Acababa de marcharse.

Frances contemplaba admirada al joven. Estaba magnífico en su actitud indignada, habiendo expresado con gran vehemencia su deseo de acudir en su ayuda. Demostró tener un gran interés por su seguridad.

—¿Su único testigo es Joe Norman?

—Sí.

—Puede mentir. Los dos son compañeros y también pueden ser cómplices de este crimen.

—Teniente, le admito sospechas de mí, pero no de Joe. Se trata del mejor hombre que he conocido. Las consecuencias de sus sospechas pueden recaer sobre mí, no me importa.

—Usted no puede amenazarme, Sekyra. Represento a la justicia.

Clark se serenó. Haber escuchado que se dudaba de la honradez de su amigo le puso frenético. Miró al teniente, después a Basset.

—Perdone mi arrebato de cólera. Es absurdo cuanto usted ha dicho. Soy inocente, aunque encuentro justificable sus sospechas sobre mí. Pero dudar de Joe Norman… ¡por Dios, teniente! No existe hombre mejor sobre la tierra. Siempre presto a hacer un favor a cualquiera. Todos cuantos le conocen darán inmejorables referencias de él.

—Y sobre usted también, ¿verdad?

—Es posible —asintió Clark tras vacilar un instante—. Nunca he puesto ningún inconveniente en ayudar a quién sea, pero la iniciativa siempre ha partido de Joe. A veces le he reñido y se limita a reír, en lo restante soy yo quien dispongo. Joe nunca se preocupa de nada.

—Pía descrito muy bien a su amigo, lo debe apreciar mucho.

—Así es. Cuanto soy lo debo a él.

—Bien, dejemos eso, Sekyra. Ahora puede explicarme por qué me ocultó lo ocurrido a la señorita Bacall. Usted dijo anoche haberse causado una torcedura. Igualmente me ocultó estar enterado de haberle entregado Hank Burton una nota.

Clark miró a la joven y esta bajó los ojos al suelo.

—Se trataba de un secreto de ella. No me quiso decir a quién iba destinada la nota.

—Eso no debió ocultarlo. Usted cuenta como uno de mis más calificados sospechosos de este crimen.

—¿Va a detenerme? —inquirió Clark con naturalidad.

—No. Pero usted bajo ningún pretexto podrá salir del circo. Si lo hace le costará caro, se lo advierto.

—Obedeceré todas sus órdenes, señor.

—Puede marcharse. Diga a Joe Norman que entre.

Clark asintió con un movimiento de cabeza, miró a Frances y salió.

—Teniente Mac Gregor, Clark Sekyra es inocente. ¿Cómo puede ser capaz de acusarle?

—Usted no debe mezclarse en esto, señorita. Ignora quién es Clark Sekyra. ¿Cómo puede tener la seguridad de su inocencia? Todos cuantos estuvieron en el circo anoche pueden ser el asesino, mientras no se demuestre lo contrario.

—Fue él quien me salvó.

El teniente le dirigió una significativa mirada. En la puerta acababa de aparecer la poderosa figura de Joe Norman. El trapecista vestía como su amigo y daba la sensación de estar algo azorado, aunque sonreía abiertamente.

—Usted se llama Joe Norman y actúa con Clark Sekyra.

—Sí, llevamos cinco años juntos. No puede existir un compañero mejor. No he conocido un trapecista que pueda igualársele.

—Bien, bien. Cuando la señorita Bacall gritó, Clark Sekyra no se encontraba en el carro. ¿No es cierto?

—¿Cómo ha dicho usted? Clark estaba conmigo, no puedo dudar de él. Lo afirmo yo.

—¿De usted quién me responde?

—No me importa. Pero no se atreva a acusar a Clark, lo lamentaría.

—¿Se atreve a amenazar al teniente Mac Gregor? —rugió el sargento, golpeando sobre la mesa.

Joe dio dos pasos hacia adelante, su rostro estaba enrojecido. A su vez propinó un terrible golpe, amenazando partir la mesa.

—¡Sí! No puedo tolerar la menor acusación a Clark. ¿Me han oído?

El sargento fue a responder, pero Mac Gregor lo evitó con un imperioso ademán. Basset se reprimió con un poderoso esfuerzo, mirando amenazador a Joe.

—Debe moderarse, Norman. Puedo detenerle por haberse insolentado con la Ley.

—Perdone. Me he dejado llevar de mi furor, pero puede tener la seguridad de la inocencia de Clark. Se encontraba a mí lado cuando la señorita Bacall gritó y salid como una exhalación. Es muy rápido y enseguida me ganó gran ventaja. Yo solo soy más fuerte. Cuando regresó lleno de sangre, le reproché no haber llamado la atención de los demás. Su contestación fue que Hank Burton todavía vivía y su obligación era auxiliarle. Otro en su lugar se hubiese lavado y cambiado de ropa, pero él

no lo hizo.

—Ya puede marcharse, Norman.

—Sí, teniente. Pero debe tener la seguridad de la inocencia de Clark.

Y salid del remolque.

El sargento miró a su superior con el ceño fruncido.

—Es un insolente. Debería haber ordenado su detención.

—¿Acusado de qué? Es un gran muchacho, no sería yo quien ofendiese a Clark Sekyra en su presencia. Me destrozaría. Esos dos hombres se aprecian de veras.

—Sí, Norman ha sido sincero. Por poco parte la mesa. ¡Qué forma de golpear!

—¿Está de acuerdo con la declaración de esos hombres, señorita Bacall? —dijo Mac Gregor sonriendo.

—Por completo. Son sinceros y Clark me salvó de mi agresor.

—Puede marcharse, pero debe prometerme no publicar nada en su periódico de este asunto, ni comentarlo con sus compañeros.

—Se lo prometo, teniente. Solo deseo que el asesino de Burton sea detenido.

El sargento la acompañó hasta la puerta y llegó a sonreír al despedirla. Ella le amonestó:

—Ha estado usted muy severo con esos dos hombres.

—Se lo merecen. Son dos brutos y es preciso ponerles en cintura.

—Pero usted no los cree culpables.

Basset titubeó un instante. Después respondió con sequedad:

—No.

—Es usted adorable, sargento. Un verdadero ángel.

Este se reunió con su superior, tirándose de la oreja con expresión perpleja. El teniente Mac Gregor estaba pensativo. Basset le miró y aseguró:

—Eso no está bien, teniente Mac Gregor. Ha jugado sucio conmigo. Usted sabe mucho de este asunto. ¿Quién era Hank Burton?

—Uno de nuestros mejores agentes secretos. Ya llevaba más de medio año tras de esa cuadrilla de traficantes de drogas. Probablemente había descubierto a esos forajidos, sabiéndose vigilado. Por eso decidió entregar una nota a Frances Bacall para mí. Por desgracia el asesino lo descubrió.

—No nos encontramos ante un crimen vulgar, sino ante una poderosa organización —afirmó Basset con los ojos brillantes de entusiasmo.

—No se deje llevar del optimismo, sargento —le amonestó Mac Gregor —. El asunto es difícil. Lo más práctico es considerar a Clark Sekyra como presunto culpable. Esto quizá confíe a esos asesinos.

—Es absurdo. La inocencia de ese muchacho es manifiesta.

—Emplearemos cuantos medios estén a nuestro alcance para no ser tan evidente la inocencia de Sekyra.

Nuestro proceder no es noble, pero el fin justifica los medios. En realidad no le haremos ningún daño, tan solo nos servirá de cebo.

El sargento Basset se tiró de la oreja nerviosamente. El plan del teniente no le gustaba, se reflejaba en su cara.

—Como usted ordene.

—Ya es usted un veterano, y no debe ser tan pusilánime.

* * *

Frances salid contenta del remolque, teniendo la certeza de estar los dos amigos fuera de toda sospecha. Hubiera lamentado ver a Clark en una angustiosa situación por su culpa. El joven no hizo mención a su agresión por no comprometerla, dejándola en libertad para encontrar al destinatario del mensaje entregado por Burton.

La forma cómo Clark hizo todo lo posible para achacarse la culpa, y no se molestase a su amigo, la impresionó. El joven trapecista profesaba un infinito agradecimiento hacia Joe. Ni el riesgo de ser acusado de asesino le impulsaría a comprometerle, decidiendo salir del atolladero por sus propios medios.

La misma conducta siguió Joe Norman. Lo vio arrebatado por el furor, golpeando con demoledora potencia sobre la mesa, desafiando a las dos autoridades. El sargento Basset parecía dispuesto a reducirle a la obediencia, pero Mac Gregor intervino conciliador.

Era admirable aquella amistad. Ella apreciaba a los dos. Joe la atraía con su ruda ternura, y Clark… bueno, Clark era distinto. Por vez primera en su vida sentía la tentación de ser estrechada por unos brazos vigorosos, entregándose completamente a un sentimiento hasta entonces desconocido para ella.

Recordó a Helen y no pudo menos de enrojecer. Estaba enamorada, comprendiendo que no era difícil renunciar a su ambición de convertirse en una famosa periodista, para transformarse en una mujercita dedicada a las tareas de su hogar.

Entonces sus ojos se encontraron con los de Clark Sekyra. Su turbación aumentó, como si hubiese sido sorprendida en una inconfesable acción. No obstante, reaccionó con entereza y se aproximó a los dos amigos.

Estos se encontraban en la proximidad de su carro. Ambos sonrieron cuando se detuvo a su lado. Esto la animó considerablemente. Los dos hombres no le guardaban rencor.

—¿Por qué no declaró lo ocurrido anoche, Clark?

—Usted debía encontrar al destinatario de la nota entregada por Burton. Consideré un deber ocultarlo.

—El destinatario era el teniente Mac Gregor. Se lo digo en secreto, pues me ha encargado el mayor silencio. Confío en ustedes y tengo la seguridad de su inocencia.

—Es muy amable, Frances —respondió Clark tras reponerse de la sorpresa causada por la revelación de la muchacha—. Pero no ha debido decírnoslo. Su deber…

—No me ha gustado la forma cómo les ha tratado el teniente. Ustedes no son merecedores de ese trato. Les estoy muy agradecida. Si no llegan a tiempo, el asesino me habría estrangulado.

La joven estaba emocionada, expresándose con vehemencia. Joe la golpeó amistosamente en el hombro, haciéndola tambalear, pese a su premeditaba suavidad.

—Es usted una buena chica, Frances. Ya volveremos a vernos.

E hizo ademán de marcharse. Clark le interpeló:

—¿A dónde vas, Joe?

—A hacer los preparativos para el entreno. Probablemente esta noche habrá función y debemos estar en forma.

Las palabras del gigantón no se ajustaban a la verdad. Aunque debían entrenarse, tenían tiempo sobrado. Su intención era dejarle a solas con Frances.

—Todo se aclarará, Frances, no se preocupe.

—El asunto, es de mayor importancia de la que creía en un principio. ¿No lo comprende?

—Sí, al parecer Hank Burton no era un payaso o acababa de descubrir algo muy importante, que deseaba comunicar al teniente Mac Gregor. Le entregó la nota por tener la seguridad de estar vigilado.

—Exacto, Clark.

—Algo siniestro se oculta en el circo, pero eso debe descubrirlo la policía.

—O nosotros. Usted se encuentra bajo las sospechas del teniente.

—No le será posible demostrar nada contra mí, soy inocente.

—A veces con serlo no basta, las sospechas pueden recaer sobre usted con mayor fuerza. Si no me equivoco, nos encontramos ante una banda organizada.

—Fantasías de periodista, Frances —rechazó Clark, sonriendo.

No era sincero, pues comprendía la verdad del razonamiento de la joven, habiendo llegado a la misma conclusión. Pero de ninguna manera deseaba mezclarla en un asunto tan peligroso.

—No, no son fantasías. Es la realidad, un grave peligro se cierne sobre usted.

—Vamos, Frances. No debe ser tan chiquilla.

—Es usted muy obstinado.

Clark había mirado a su alrededor, con el fin de cerciorarse de no ser oído, procurando hablar en voz baja. Echó a andar hacia la salida del campamento.

—La acompañaré hasta la puerta. No me es posible ir hasta su coche.

Ya oyó al teniente: prohibido salir del recinto. Sería detenido y encerrado en un calabozo.

—Debe obedecer, no cometa ninguna tontería.

—No representa ningún sacrificio para mí.

Vieron pasar a Reginald Haines, dirigiéndose al remolque, habilitado como oficina por el teniente Mac Gregor. Clark le sorprendió con la mirada fija en ellos, pero el director siguió andando, fingiendo no haberles visto.

Frances tendió su mano al joven, limitándose a decir:

—Tenga cuidado, no sea impulsivo.

—No le permito regañarme —respondió Clark, sonriendo.

Y siguió con la mirada la esbelta y sugestiva figura de la joven. Vio cómo un periodista se le acercaba, hablándole indignado. Frances le respondió sonriendo y llegó hasta su coche. Antes de emprender la marcha se volvió y le agitó la mano. Clark le respondió de la misma forma, notando una gran alegría en su interior.

CAPÍTULO VI

Reginald Haines se enfrentó al sargento Basset:

—Deseo hablar con el teniente Mac Gregor.

—Puede pasar, Haines.

Mac Gregor echó una rápida mirada sobre el director y le señaló una silla. Haines se dejó caer en ella y ofreció su pitillera al teniente. Este movió la cabeza negativamente.

—Gracias, hace un minuto que acabo de fumar.

Haines ofreció la pitillera al sargento. Basset refunfuñó y mostró la colilla de su cigarro. El director encendió un cigarrillo y tras exhalar una bocanada de humo, dijo:

—He venido a preguntarle si podremos celebrar la función.

—Desde luego, Haines. No queremos causarles perjuicios, se trata de un crimen vulgar. Quizá se haya debido realizar por celos o un sentimiento análogo.

—¿Celos? Burton no mantenía relación con ninguna mujer, no me parece correcta esa deducción.

—Nunca se puede afirmar nada, algunos individuos son muy reservados. Permita que insista. ¿Qué opinión le merece Clark Sekyra?

—Como trapecista, formidable. Con Joe Norman es un número extraordinario, el mejor del programa. La mayor parte del mérito recae sobre él. Como persona no puedo decir nada, lleva muy poco tiempo con nosotros. Es atractivo y ejerce gran influencia en las mujeres.

Mac Gregor sonrió de forma significativa.

—Exacto, esa impresión me había causado.

—No he querido lanzar ninguna acusación contra Sekyra, teniente.

—Nada de eso, lo comprendo. Pero le agradezco cuanta información pueda darme. Cualquier indicio puede llevarme a la detención del asesino. ¿Desea algo más?

—No, nada más. Le estoy agradecido por no entorpecer nuestras actuaciones.

—Eso solo sucedería en caso de ser estrictamente necesario.

—Siempre estaré a sus órdenes.

El teniente y Basset cambiaron una significativa mirada. Mac Gregor se encogió de hombros. Había lanzado la primera indicación sobre la presunta culpabilidad de Clark Sekyra.

* * *

Clark se lanzó desde el trapecio, dando una espectacular cabriola en el

aire, siendo recogido por las firmes manazas de Joe. Miró a su amigo y sonrió.

—¿Nervioso, Joe?

—En absoluto.

—Voy a dar el triple, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cuantos se hallaban en la pista suspendieron su trabajo, fijando la atención en los trapecistas. Aunque el arriesgado ejercicio se hiciese con red, siempre resultaba un espectáculo insuperable, digno de ser admirado.

Los dos atletas se balancearon en el espacio. De pronto Clark se soltó ágilmente y su cuerpo describió limpiamente los tres saltos, cogiéndose hábilmente de las manos de Joe. Sonó una ovación, y Jimmy comentó:

—Jamás había visto algo tan prodigioso.

—Ese muchacho es formidable —respondió otro payaso—. Con dos años de actuar se hará rico.

—Sí, es una atracción de primer orden.

Estos y otros comentarios análogos subrayaban las actuaciones de los dos amigos.

Los ejercicios eran arriesgados. Un pequeño fallo y el esbelto y poderoso cuerpo de Clark Sekyra se estrellaría en la pista. Su joven existencia habría encontrado un lamentable final. Pero ambos amigos no se preocupaban ante esta posibilidad, confiaban por completo en sus condiciones físicas y en su matemática precisión.

Clark terminó de secarse y se vistió. Dejó la toalla y vio ante él a Virginia Lake, una bella contorsionista. Esta le miró provocativa.

—¡Hola, Clark! Hoy te he visto muy entusiasmado.

El joven comprendió inmediatamente a lo que se refería Virginia, pero fingió lo contrario.

—No te entiendo, Virginia.

—¿De veras? Eres muy despreciativo, y te has fijado en esa periodista. ¿Sabes quién es?

—No me interesa.

—Su padre es millonario, dueño de una importante empresa. Es una chica caprichosa y querrá divertirse con un atractivo trapecista.

Clark sintióse herido por aquellas palabras, que podían ser ciertas, pero recordó la anhelante expresión de Frances al despedirse y no lo creyó. Se encogió de hombros.

—Frances Bacall no me interesa, Virginia.

—Embustero. Merecerías que te sacase los ojos. Eres odioso.

Y le mostró las uñas, como si estuviese dispuesta a cumplir su amenaza. Clark le cogió las muñecas sorprendido. Virginia siempre mostró interés hacia él, aunque conseguía eludir sus intentos de intimación. Nunca se mostró tan apasionada, quizá estaba celosa de Frances.

—Cálmate, Virginia. Eres muy bella —sentíase atraído por la proximidad del turgente cuerpo de la contorsionista—, pero entre tú y yo no ha habido nada.

—Eres un presuntuoso engreído, te arrepentirás de haberme despreciado. ¿Quién te has creído que eres?

—Eres injusta, Virginia.

La atractiva contorsionista volvió la cabeza y se alejó. Lo hizo con manifiesto desdén, como si fuese ella quien rechazase una innoble proposición.

Clark se pasó la mano por el cuello con actitud indecisa, no sabiendo cómo reaccionar por la inesperada actitud de Virginia. Jamás pasó por su mente la idea de intimar con ella, aunque le atraía, pues sus encantos femeninos resultaban muy visibles. Pero no deseaba contraer compromisos, conociendo la fama de veleidad de Virginia.

Ahora se encontraba en el momento cumbre de su carrera, debiendo extraer el máximo provecho, aunque tan solo fuese por corresponder a los esfuerzos realizados por Joe.

Entre los dos amigos habíase formado un acuerdo. La profesión de trapecista era muy arriesgada, y no era posible continuarla durante muchos años. Pese a la enorme seguridad de ellos, en cualquier momento podía ocurrir un pequeño fallo, algo insignificante, tal como tardar unos instantes en unirse sus manos. El resultado no podría ser más catastrófico: la muerte de Clark.

En un par de años, llevando una existencia modesta, lograría reunir una importante cantidad. Con este dinero empezarían un negocio, el joven ya lo tenía desarrollado en su cerebro, cuyo resultado significaría la solidez de su porvenir.

Ambos estaban entusiasmados con su proyecto, pues Clark con, su pasada experiencia de inestabilidad, no se dejaba llevar de la fantasía. Joe hubiese caído en este fallo, a poco que su amigo se mostrase entusiasmado con cualquier proyecto irrealizable.

Clark siguió el balanceo del cuerpo de Virginia, llegando hasta censurarse no aprovechar la oportunidad ofrecida por esta. Pero no, él debía pensar tan solo en su profesión, permaneciendo en la plenitud de sus facultades.

—Estoy harto de verte hacer el tenorio, Sekyra. Algún día te destrozaré la cara a golpes.

La voz sonó iracunda junto a él. Clark se volvió sorprendido, viendo la impresionante figura de Glenn Gaskell. La actitud del forzudo era tan amenazadora como sus palabras.

—No debes hablarme así, Gaskell —le respondió con sequedad.

—¡Ah, no! —exclamó Gaskell con sarcasmo—. ¿Y cómo debo hablarte?

—No te entiendo.

—¿De veras? Siempre aprovechas la oportunidad de asediar a Virginia, y ella no quiere saber nada de ti.

El joven parpadeó. Ahora lo comprendía. El forzudo estaba enamorado de Virginia, despechado por lo infructuoso de sus esfuerzos por conquistarla. Probablemente desearía desahogarse con él.

—Entre Virginia y yo no hay nada.

—No te creo.

—Puedes creer lo que quieras, no me importa.

La manaza de Gaskell golpeó sin excesiva fuerza el pecho del joven. Su rostro estaba enrojecido, divisándose en sus ojos el afán de pegarle. Clark comprendió la imposibilidad de evitar la pelea.

—Eres un cobarde, Sekyra.

—No te tolero insultos —masculló empezando a perder la paciencia.

—¿No? ¿Acaso vas a pegarme?

Y Glenn Gaskell soltó una brutal carcajada.

La escena ya tenía varios espectadores, la mayoría de estos se mostraban indignados por la provocadora actitud del forzudo. Este gozaba de escasas simpatías, debido a su áspero carácter.

—Es posible —afirmó el joven con sencillez.

Esta contestación enfureció a Gaskell por completo. Sus enormes puños estaban cerrados, presto a descargarlos sobre el osado que se atrevía a desafiarle.

—No debéis pelearos —dijo Jimmy, cogiendo el brazo de Gaskell.

Este se desasió con tal violencia, que el payaso cayó al suelo.

—Déjame, se ha atrevido a amenazarme. Le daré su merecido.

Clark hizo ademán de ir a recoger al payaso. Gaskell se dio perfectamente cuenta de ello, aprovechando la oportunidad. Su derecha cayó sobre la cara del joven, Clark retrocedió varios pasos tambaleándose.

Con un prodigioso esfuerzo logró mantenerse sobre sus piernas, evitando caer al suelo. Le dolía el ojo izquierdo, pasándose la mano, tratando de comprobar si tenía la ceja partida. No, sus dedos no se mancharon. Quedó más tranquilizado.

A pesar de este instintivo movimiento, estaba pendiente de su vil adversario, indignado por su alevosa agresión. Gaskell se lanzaba sobre él, presto a destrozarle, tal como había prometido. Sonreía ferozmente, con la seguridad de tener la presa segura.

Volvió a pegar, viéndose precisado a poner las manos en el suelo, al perder el equilibrio, fallando el blanco elegido. Una imprecación brotó de sus labios, mientras se volvía con la mayor rapidez posible evitando ser atacado por Clark.

—¡Eres un cerdo, Gaskell! —insultó el joven llevado de su indignación.

El forzudo avanzó hacia él. En sus ojos brillaba el deseo de aniquilarle, disponiéndose a hacerlo. Un directo de izquierda le alcanzó en la nariz,

haciéndole detener con brusquedad. El mismo puño, con la velocidad de un relámpago, golpeó en su hígado, obligándole a doblar las rodillas, presa de un vivo dolor.

Una nube roja se extendió ante los ojos del forzudo, tratando de asirse al cuello de Clark, pero este lo evitó con una hábil finta. Y sus puños volvieron a golpear el rostro de Gaskell, aturdiéndole por completo.

Gaskell amenazaba con desplomarse, ante los duros impactos de los puños de Clark. Sus piernas apenas le sostenían. El joven se disponía a derribarle, cuando se oyó una voz autoritaria:

—¡Los dos quietos! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Por qué han peleado?

Clark permaneció inmóvil, mirando a Haines. Este se aproximaba a grandes zancadas; su cara expresaba su indignación.

—No quiero peleas en el campamento. ¿Se han vuelto locos?

—Gaskell me ha insultado, y después me ha golpeado —se excusó Clark.

Le costaba trabajo disculparse de aquella forma, pero el proceder de su adversario fue innoble. Por este motivo dijo la verdad.

—No puedo creerlo, usted no puede vencer a un hombre tan fuerte como Glenn Gaskell. ¿Por qué inició la lucha?

—Le he dicho la verdad y no permito que ponga en duda mis palabras. Gaskell fue el primero en pegar. Hay muchos testigos, ellos le informarán.

Gaskell resollaba como un buey herido. Sus ojos estaban fijos con ferocidad en el joven.

—Miente —masculló—. Él fue el primero en agredirme. Pero no me ha vencido. Puedo destrozarle entre mis manos.

—¡Basta, Gaskell! No quiero peleas y más estando aquí la policía.

Llegó Joe corriendo, secándose el cuello con una toalla. Su mirada reflejaba una gran ansiedad.

—¿Qué te ha ocurrido, muchacho?

—Nada, no tiene importancia, Joe.

—Tienes el ojo amoratado. ¿Ha sido Gaskell?

—Sí, pero él ha salido peor librado.

El gigantón se encaró con Gaskell, fulminándole con la mirada.

—No vuelvas a meterte con Clark, ¿te has enterado? Como vuelvas a hacerlo te enfrentarás conmigo.

—Cállate, Joe. Sé defenderme.

Gaskell avanzó hacia Joe. Su cara estaba enrojecida por la furia y la humillación.

—No te temo, Norman.

—No quiero discusiones —ordenó Haines, irritado.

—Cada uno debe marcharse a su carro.

—Solo quiero demostrar no haber sido yo quien ha iniciado la pelea, Haines —insistió Clark.

—Es cierto —intervino Jimmy acercándose al director—. Traté de impedirlo y Gaskell me derribó.

—Usted no se meta en esto, Jimmy —le amonestó Haines con rudeza.

Los demás artistas no intervinieron, limitándose a observar cuánto ocurría ante ellos. Todos estaban de acuerdo que la razón estaba de parte del joven trapecista, pero se callaban por temor a las represalias del forzudo. Todos conocían su mal carácter.

—Estréchense la mano —decidió Haines sonriendo.

—Entre nosotros no deben existir enemistades. Somos una gran familia.

Clark no sentía grandes deseos de cumplir lo pedido por el director. Si hasta entonces Gaskell le inspiró una abierta aversión, limitándose a saludarle cuando se cruzaba con él, ahora lo aborrecía. Acababa de comprobar hasta dónde alcanzaba su ruindad. No era capaz de luchar con nobleza, pese a sus formidables condiciones físicas.

No obstante, haciendo un esfuerzo alargó su mano derecha. Gaskell hizo un gesto despreciativo.

—No, señor Haines. No quiero estrechar la mano de Sekyra.

—Hace mal, no debe guardarle rencor.

—Ya no lo tengo, pero tampoco quiero ser amigo de él.

Haines se encogió de hombros.

—Con que no vuelva a pelearse es suficiente. Cada uno a su sitio.

Fue obedecido. Joe charló animadamente, mientras su amigo permanecía silencioso. No le gustó haberse peleado con Glenn Gaskell, viéndose forzado a hacerlo, ante el dolor del golpe recibido. Se palpó el ojo, notando tenerlo hinchado. Joe se dio cuenta.

—¿Te duele?

—Un poco. Solo lo siento por la huellas, se hinchará.

—Sí. Y te quedará un círculo morado, como si fueses en campeón de los pesos medios. Esto dará mayor emoción al número.

—¡Hum! Me pilló desprevenido. Gaskell es un cobarde. Solo tiene potencia. Pero es torpe y fácil de vencer.

—Estoy orgulloso de ti. ¿Por qué fue la pelea?

—Por algo inesperado. Virginia se me acercó, echándome en cara mis atenciones con Frances. Le contesté que entre ella y yo no existía nada y me amenazó, Después, al marcharse, se acercó Gaskell, amenazándome por importunar a Virginia. Discutimos y me golpeó de improviso. Al parecer está enamorado de esa mujer.

—Guárdate de Virginia, es una mala pécora.

—No te preocupes, Joe.

Haines minutos después se vio abordado por el sargento Basset.

—¿Qué ha ocurrido entre sus artistas? Al parecer ha habido una pelea, hemos oído un gran alboroto.

—Sí, ha sido lamentable. Clark Sekyra se ha peleado con Glenn Gaskell.

—El teniente desea conocer los pormenores.

—No tengo ningún inconveniente. Aunque nada tiene que ver con el asesinato de Hank Burton.

—Eso nunca puede asegurarse.

El teniente Mac Gregor inclinó la cabeza, respondiendo al saludo de Haines. Su mirada durante un segundo se fijó inquisitiva en su rostro, como si tratase de adivinar cuáles eran sus pensamientos.

—Nunca había ocurrido nada parecido, teniente. Entre mis artistas suele existir una gran armonía, pero hace unos minutos dos de ellos se han peleado.

—¿Clark Sekyra?

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Es muy sencillo, ese trapecista tiene un genio de mil diablos. En cuanto le vi, no me gustó. ¿Cuál ha sido el motivo de la pelea?

—He realizado algunas indagaciones. La causa ha sido una mujer.

—¡Hasta mujeriego! Ese muchacho no tiene desperdicios. Quisiera hablar con esa mujer. ¿Quién es?

—Virginia, la contorsionista. Voy a llamarla.

—Gracias, Haines.

Mac Gregor y Basset permanecieron fumando en silencio, hasta aparecer la atractiva figura de Virginia en el umbral de la puerta.

—El señor Haines me ha dicho que usted desea hablar conmigo, teniente —dijo la bella mujer sonriendo de una forma insinuante.

—Sí, ¿quiere sentarse?

—Gracias, es usted muy amable, teniente.

Al sentarse, mostró parte de sus bien torneadas piernas. Los dos policías permanecieron indiferentes. El teniente la observó en silencio, haciendo poner nerviosa a la contorsionista, moviéndose inquieta en la silla.

—¿La ha molestado Clark Sekyra?

—Sí, teniente.

—¿Lo hace con frecuencia?

—Sí, varias veces me ha hecho proposiciones deshonestas. Se muestra furioso por mis negativas. Las artistas de circo no somos mujerzuelas, teniente.

—Lo sé, Virginia. ¿Cuáles son sus relaciones con Glenn Gaskell?

—Nos une una buena amistad. Glenn es muy distinto, es una persona.

—Y probablemente se ofendió por la incorrecta conducta de Sekyra, decidiéndose a darle su merecido.

—Así ha sido, teniente —mintió Virginia descaradamente.

—¿Quiere denunciar a Sekyra? Le detendremos.

—¡Oh, no lo creo necesario! Confío que habrá escarmentado y ya no seguirá molestándome.

—Como usted quiera. Ya puede marcharse, señorita.

Ella se levantó y sonrió ampliamente.

Los dos hombres se miraron. Mac Gregor comentó.

—Si cuanto ha dicho fuese cierto, no se podría reprochar a Clark Sekyra. Tiene motivo para perder la cabeza.

—Hablaremos con él.

—Sí, cuanto antes.

—¿Con dureza?

—Desde luego. Es preciso precipitar los acontecimientos.

CAPÍTULO VII

Joe Norman estaba atareado en cortarse las uñas de la mano izquierda. Se mordía los labios, sacando de vez en cuando la lengua. Sus apuros eran bien visibles.

Clark le observaba sonriendo, tendido en su lecho.

—¿Te las corto, Joe?

—No. Lo que hace una mano, debe hacerlo la otra.

No debo necesitar ayuda en mi aseo personal, como haces tú. Hace muchos años que debí haberlo aprendido.

—Como quieras.

Con gesto negligente, el joven se colocó un cigarro en los labios y lo encendió. Al mismo tiempo sonó un golpe en la puerta. Joe volvió la cabeza al decir.

—Ya puede pasar.

La maciza figura del sargento Basset entró en el carro. Miró a su alrededor.

—Están bien instalados —comentó.

—Regular nada más, sargento.

—El teniente desea hablar con usted, Sekyra.

El joven se incorporó, no pudiendo evitar hacer un gesto de contrariedad. Su ojo izquierdo estaba hinchado y amoratado.

—Otra vez, sargento. No me desagrada hablar con el teniente Mac Gregor, pero tenemos derecho a descansar.

—¿No tratará de negarse a seguirme? —inquirió Basset con suavidad.

—No. Le acompaño, nada debo temer, pero no me gustan tantas entrevistas.

Basset se encogió de hombros, como dando a entender que se limitaba a obedecer las órdenes de su superior. Joe había permanecido silencioso, ya no se pudo contener y estalló.

—Ya estoy harto de tantas molestias. Cualquiera creería que somos sospechosos de la muerte de Hank Burton.

—Quizá lo sean, Norman. Debe tener cuidado con lo que habla, puede volverse en prueba contra usted. Es un deber ayudar a la justicia, en lugar de entorpecerla.

Joe movió los labios, pero de ellos no salieron una palabra. Miró a su amigo e hizo un ademán significativo. Clark sonrió.

—Lo mejor será volver a hablar con el teniente. A fin de cuentas se trata de un hombre amable, como usted, sargento.

—No hable tanto y sígame, Sekyra.

—Hasta luego, Joe.

—Me gustaría acompañarte, pero el sargento se opone. Ten paciencia, muchacho.

Una vez fuera del carro, mientras andaban hacia el remolque, Clark comentó:

—No debe hacer caso de Joe, sargento. Es un gran chico, se enfada por cuanto pueda ocurrirme. Cinco años de ir juntos es mucho tiempo.

—Lo comprendo.

El teniente se encontraba junto a la puerta. Al ver acercarse a los dos hombres, hizo lo contrario de lo esperado por Clark. En lugar de retroceder hasta la mesa, salió a su encuentro. El joven vaciló ante la insólita conducta del teniente Mac Gregor.

—Estoy muy descontento de su conducta, Sekyra. No es muy digno insistir en conseguir los favores de una mujer, aun en contra de su voluntad.

Clark se quedó estupefacto.

—¿Qué ha querido decir usted?

—Debe dejar de perseguir a Virginia. Esa bella contorsionista no se siente atraída por usted. No la siga importunando, de lo contrario le detendré. Puedo hacerlo, Sekyra, no se le olvide.

—Pero si yo nunca me he fijado en Virginia, teniente. Se lo puedo jurar sobre la Biblia.

El tono de Clark era sincero. Si alguna duda hubiera tenido Mac Gregor, esta se habría desvanecido. No obstante, su deber era insistir tratando de desconcertar al joven trapecista, poniendo en evidencia sus sospechas. Era algo desagradable, pero estaba acostumbrado a hechos semejantes. La tarea de un policía es penosa, justificando el fin todos los medios.

—No me gustan los juramentos —respondió con sequedad—. Virginia me ha confesado la continua persecución de que es objeto por su parte. Déjela en paz o lo lamentará. No me gusta tantas casualidades, fue el primero en acudir en auxilio de la señorita Bacall. También fue el primero en llegar hasta el cadáver de Hank Burton.

Mac Gregor hablaba fuerte y era oído por varias personas. Estas estaban detenidas, contemplando con curiosidad a los tres hombres. Clark enrojeció, no le fue posible evitarlo.

—Sus insinuaciones son desagradables, teniente. No tiene usted pruebas de mi culpabilidad, ni derecho a acusarme.

—Tiene razón, Sekyra. Pero le prometo hacer cuanto esté a mí alcance para conseguirlas. Me está cansando tantas manifestaciones de inocencia.

Los músculos del joven se pusieron en tensión, dando la sensación de ir a romperse. Ni cuando se disponía a ejecutar el peligroso triple salto, Clark Sekyra sentíase tan excitado. De haberse dejado llevar de su ímpetu, habría

golpeado al teniente y también al sargento, de haber intentado este salir en defensa de su superior.

—No debe hablarme así, señor.

Mac Gregor gruñó algunas palabras ininteligibles. Después dijo con claridad:

—Ya le he advertido. No vuelva a pelearse, atropellando a sus compañeros.

Clark no quiso responder, pero no le fue posible contenerse.

—Gaskell me agredió. No quise pelear, varias personas fueron testigos de lo sucedido. Podrán comprobarlo con facilidad.

—No ha sido eso lo explicado por Haines —replicó Mac Gregor bajando la voz.

El joven miró sorprendido al policía. No esperaba esta contestación. ¿Cómo se atrevió Haines a acusarle con tanta falsedad? En el director tenía un enconado enemigo, y no encontraba el verdadero motivo. Entre ellos no hubo jamás la menor cordialidad, firmaron el contrato de sus actuaciones debido a mutuas conveniencias, pero de esto a desear ponerle como sospechoso del asesinato de Burton, mediaba un abismo.

—Ese hombre ha mentido.

—Usted no puede decir otra cosa.

Las pupilas de Clark centellearon. Durante cinco años llevó una existencia digna del mayor elogio, trabajando y entrenándose sin cesar, ansiando seguir adelante. Lo había conseguido, llegando a convertirse en una gran atracción. Y solo servía para ser ofendido por un policía, tratándole como si fuese un vil asesino.

—¿Me necesita, señor? —preguntó con frialdad.

—No, puede marcharse.

Dio media vuelta y se alejó sin responder. Los dos policías no le dejaron de vista hasta perderse entre unos carros.

—Va furioso, teniente —comentó Basset entre dientes.

—Sí. He temido ser agredido por él. Tiene genio el muchacho, ha sido un rato desagradable.

—¿Dará resultado esta estratagema?

—Confiamos en ello, no podemos hacer otra cosa. No hemos logrado ningún resultado positivo. Cuando me informaron la muerte de Burton, rápidamente me hice cargo de este caso. Los asesinos son hábiles y no han dejado rastro alguno.

Joe esperaba intranquilo el regreso de su compañero. Al verle entrar no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Qué te ha dicho el teniente?

—Se trata de algo absurdo. El teniente Mac Gregor ha hablado con gran sinceridad, afirmando estar convencido de mi culpabilidad.

—¿Cómo es posible?

—Haines ha declarado contra mí. Ha insinuado ser yo quien atacó a Gaskell.

—¡Canalla! Le haré tragar esas palabras.

—Todavía hay más. Virginia también ha declarado contra mí, acusándome de perseguirla. Se trata de una víctima de mi brutalidad, cuando tú sabes muy bien…

—Virginia es una arpía. Solo tiene bello su aspecto exterior, su alma es un inmundo lodazal.

—Es preferible no pensar en ello, Joe. El teniente Mac Gregor tendrá que desistir de demostrar mi culpabilidad. Cuando una cosa no existe, no se puede probar.

—Estoy preocupado. Cuanto ocurre no es natural, algo se está tramando contra ti. Eres una víctima elegida. Se trata de un asunto importante, he estado pensando en ello. Burton trató de comunicar algo de vital interés al teniente Mac Gregor, y esto le costó la vida.

—Exacto. He llegado a la misma conclusión. En el circo se encubre un asunto criminal, Burton se contrató a Haines buscando la prueba. Al parecer la descubrió, siendo a su vez descubierto por sus enemigos y estos no vacilaron en matarle. Ahora tratan de hallar una víctima propiciatoria y me han elegido a mí. El azar lo ha hecho todo, mostrándome como sospechoso. Y esos imbéciles de Mac Gregor y Basset están convencidos de ello.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada en absoluto. Ya se arreglarán.

—¿Y si descubriéramos a los verdaderos culpables?

—No digas tonterías. ¿Crees fácil jugar a detectives?

—No, pero no puedo soportar la idea de que sospechen de ti como si fueses un despiadado, asesino.

—Joe, jamás he tenido un amigo como tú, pero no haremos nada, ¿entiendes? Absolutamente nada.

—Como quieras, muchacho —asintió el gigantón, dejando escapar un suspiro de pesar.

Clark sonrió, sin tener ganas algunas de hacerlo. Estaba emocionado por el afecto demostrado por Joe. Su amigo no vacilaría en exponer su vida ante una organización criminal, con tal de librarle de las sospechas que se cernían sobre él.

La noticia del crimen cometido en el circo no influyó para nada en el ánimo del público, pues al empezar la función, todas las localidades estaban ocupadas. Quizá todavía excitó más la curiosidad de la gente, deseando ver a aquellas personas que hasta la noche anterior convivieron con la víctima. Hasta podía ser posible que uno de ellos fuese el asesino.

Los números se fueron sucediendo entre continuas ovaciones, hasta llegar a la actuación de «Las águilas del espacio». Las evoluciones de los

dos trapecistas fueron seguidas con gran interés y emoción. Cuando se realizó el triple salto mortal, asiéndose a las manos de su compañero, estalló una ensordecedora aclamación.

Frances apenas respiró mientras el joven estuvo en el aire, realizando la audaz exhibición. Respiró libremente, sus manos en la garganta y los ojos fijos en la esbelta y poderosa figura de Clark.

Ahora ya estaba tranquila. Los dos jóvenes le inspiraban una gran confianza. Eran ágiles y extraordinariamente fuertes, pero un descuido podía ocurrir en cualquier instante. Y esto representaba la muerte para Clark.

Salió entre los espectadores, pero una vez fuera se internó entre los carros y camiones. Deseaba investigar por su cuenta, tratando de descubrir el misterio del asesinato de Hank Burton. Su instinto de periodista se lo advertía. En cualquier lugar podría hallar un indicio y este llevarle al descubrimiento de la verdad.

No tenía miedo alguno, a pesar de saber con exactitud el peligro que corría en el caso de ser descubierta. No vacilarían en matarla, pues su presencia encerraba un riesgo para el o los asesinos de Hank Burton, el agente secreto.

Además, ansiaba hacerlo por ayudar a Clark. Resultaba absurdo, pero el teniente Mac Gregor sospechaba de él. Y el joven trapecista era inocente. Recordaba muy bien cuando abrió los ojos y le vio a su lado, mirándola con ansiedad. Suerte a su oportuna intervención, su agresor no la estranguló.

Se movió con rapidez y sigilo por entre el campamento, apresurándose a ocultarse si alguien se aproximaba. Su inspección resultó infructuosa, pues no tenía ninguna base por dónde iniciarla.

Completamente desalentada se disponía a marcharse, procurando no ser vista, pues ya no quedaba ningún espectador en el recinto. No podría explicar su presencia, encontrándose en una situación enojosa.

Sin embargo, se detuvo muy cerca de dos hombres, con la intención de escuchar su conversación. Uno de ellos, hablaba con firmeza, mientras el otro asentía en silencio.

—… despediré. No me gusta esta situación. Burton fue asesinado y era un buen compañero. ¿Quién nos asegura que esta noche o mañana no seamos elegidos tú o yo? Nuestro cadáver puede aparecer con una terrible cuchillada. No me gusta esa idea y tampoco ver merodear a la policía constantemente a nuestro alrededor; me pone nervioso.

—De la policía no tenemos nada que temer —objetó su interlocutor.

—Es posible, pero siento alergia hacia ella. No lo puedo remediar.

—No vas a quedarte sin trabajo.

—Me es indiferente. Ya encontraré trabajo en Chicago. No estoy tranquilo en este circo, noto algo extraño.

Además, sospechan de Clark Sekyra, siendo un excelente muchacho.

—Si te despides, la policía sospechará de ti.

—¡Maldición! No había pensado en ello; sí, ese teniente Mac Gregor sería capaz de echar tras mis huellas a sus sabuesos. Es un imbécil. ¿Cómo puede acusar a Sekyra? Tú estabas a mí lado cuando le acusó abiertamente.

—Sí. Pero no tenía pruebas contra él.

—Precisamente eso es lo que me irrita más. Sin pruebas no se puede acusar a un hombre.

—No te preocupes más, todo se aclarará. Mientras no se metan contigo, tranquilo.

El hombre refunfuñó algunas palabras y los dos se alejaron.

Frances le hubiera dado un abrazo de buen grado, por tener completa confianza en la inocencia de Clark. No obstante, su intranquilidad aumentó, debido a las públicas insinuaciones del teniente Mac Gregor.

Ella estaba de acuerdo con las manifestaciones de aquel hombre. Sin tener pruebas Mac Gregor no podía lanzar una acusación contra nadie. Sin embargo, la había hecho.

Estaba dispuesta a marcharse, evitando una enojosa situación en el caso de ser descubierta su presencia. Ahora resultaba inútil correr aquel riesgo.

Apenas había avanzado veinte metros, cuando se detuvo bruscamente llevándose la mano a la garganta. A corta distancia de ella distinguió la esbelta e inconfundible figura de Clark. Lo reconoció en el acto, mirándola con seriedad.

Vacilaba entre ir a su encuentro y pedirle su ayuda para salir de aquella situación o permanecer inmóvil. Si hacía lo primero, debería darle una explicación, y no era muy agradable para ella. Aunque esta ingrata situación tendría la compensación de verle de cerca y hablarle.

Esto la hizo decidir, yendo hacia el joven. Pero volvió a detenerse. Clark habíase quedado inmóvil, mirando a su alrededor. Tuvo la seguridad de estar esperando a alguien. Su actitud lo indicaba.

Notó en su interior un punzante dolor. Tenía la seguridad de que el joven era inocente, si esperaba a alguien, sería a una mujer. Sus labios se apretaron con fuerza, sus ojos permanecían fijos en Clark, como si tratasen de fulminarle.

En efecto, no se equivocaba. Una sombra se destacó de la oscuridad, aproximándose al joven. No tardó en poderla ver bien. Se trataba de una mujer bellísima y formas provocativas. Sonreía ampliamente y se cogió del brazo de Clark.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Frances, mientras reprimía un sollozo. Clark Sekyra estaba enamorado de otra mujer. No podía hacerle ningún reproche, pues tan solo le había visto una vez, aunque esta fuese muy intensa.

Un terrible dolor laceraba su pecho y echó a correr en la oscuridad de la noche, no importándole ser descubierta. La oscuridad ahora le causaba la sensación de ser siniestra. Solo ansiaba llegar a su coche y poder llorar libremente.

CAPÍTULO VIII

Joe apretó con afecto el brazo de su amigo.

—Tenemos los nervios de acero. Ni la más ligera vacilación. Hemos realizado una actuación perfecta.

—¿Y por qué no habíamos de hacerla? —intervino Clark sonriendo.

—Por culpa de esos malditos polizontes. Son capaces de amargar la tranquilidad a un muerto.

Clark se echó a reír, haciéndole gracia la salida de Joe.

—Has tenido una buena ocurrencia. Dísela a Jimmy, quizá la explote.

—He hablado en serio. Temía la actuación de esta noche por tu estado de ánimos. No resulta agradable ser sospechoso de un asesinato.

—No pienses más en ello.

—No puedo, es superior a mis fuerzas. A ese sargento me gustaría verle saltar del trapecio. No alargaría los brazos para cogerle.

—No eres capaz de realizar esa malvada acción, Joe —le amonestó Clark con dureza.

—Bueno, es posible. Pero puedes tener la seguridad de que tan solo le cogería en el último momento, dándole un susto terrible. Quizá sea cardiaco y la impresión le sería mortal.

—No me gusta oírte hablar así. Tú siempre has tenido buenos pensamientos y no debes cambiar. Las dificultades deben afrontarse sin el menor desánimo, con la seguridad de superarlas.

—No puede evitarlo. La presencia de ese sargento me descompone.

—Vamos a ducharnos y nos acostaremos.

—Sí, descansaremos.

Joe entró en el lugar donde se encontraban las duchas para los hombres. Clark iba a seguirle, cuando notó que le tocaban en un brazo. Se volvió, viendo a Virginia.

—¿Qué quieres? —le preguntó con dureza.

—Deseo hablar contigo, Clark.

—Entre tú y yo no existe nada. Bastante me han perjudicado tus declaraciones al teniente Mac Gregor, y más siendo falsas.

—Debemos hablar —insistió ella con ansiedad.

—No.

—Quiero darte una explicación.

—Por favor, no insistas.

Pero Virginia le cogió una mano, mientras le miraba anhelante.

—Debes escucharme, Clark. Existe una maquinación contra ti.

—Bien, habla.

—Aquí no, pueden oírnos. Tengo miedo.

—¿Dónde?

—Cerca de mi alojamiento. Te detienes en un lugar oscuro, yo te seguiré.

—Está bien.

El joven accedió en contra de su voluntad, debiendo haberse negado. Pero no pudo hacerlo, la mirada implorante de la bella contorsionista fue superior a su voluntad.

Echó a andar, envuelto en su capa. La noche no era fría, pero el joven notaba una desagradable sensación. Se detuvo cerca del lugar donde se encontraba el alojamiento de Virginia, pensando en la posibilidad de haber caído en una trampa. Esta idea le hizo mirar a su alrededor con desconfianza.

Vio aparecer a Virginia. Lucía un escotado vestido azul, mostrando el nacimiento de su turgente seno. En la oscuridad de la noche contempló su bello y pálido semblante, en el cual destacaban sus rojos labios, como si fuesen una herida sangrienta.

Ella se cogió a su brazo, aproximándose a él.

—Clark, yo te quiero.

—Vamos, Virginia. No quieras burlarte de mí.

—No te engaño, siempre te he querido, desde que te vi por vez primera.

—Lo has demostrado muy bien. Le has dicho al teniente Mac Gregor que no he dejado de perseguirte con infames proposiciones. Eso no es cierto, tú puedes saberlo mejor que nadie.

—He mentido al teniente. Estaba despechada por verte con la periodista. Además...

—¿Qué?

—Existen otras circunstancias. Me han dado dinero para hacerlo, deseando comprometerte.

—¿Ha sido Haines? —preguntó Clark vivamente interesado.

Notó cómo la presión ejercida por la contorsionista en su brazo aumentaba, y cómo su cuerpo se estremecía.

Asombrado vio cómo sus ojos se dilataban y un gemido brotaba de su garganta. Virginia se hubiera desplomado de no haberla sostenido los fuertes brazos de Clark.

—¿Qué te ha ocurrido, Virginia? —murmuró el joven angustiado.

No obtuvo contestación, cubriéndose su frente de un sudor frío.

Acababa de ocurrir algo terrible; estaba convencido de ello. La actitud de Virginia no era natural. Entonces notó en sus manos unas gotas viscosas, y las tenía en la espalda de la contorsionista, para evitar se cayese.

Era sangre. Tenía la seguridad de ello, produciéndole la misma

impresión que cuando se inclinó sobre Hank Burton.

—¡Dios mío! —exclamó desolado.

Con suavidad dejó a la joven en el suelo, tanteó en su espalda hasta tropezar con el mango de un cuchillo. Este estaba clavado hasta la empuñadura en el cuerpo de Virginia.

Con un esfuerzo logró conservar la serenidad, pues su instinto le impulsaba a echar a correr. Aproximó la cabeza al pecho de Virginia, no escuchando el latir de su corazón; estaba muerta.

—Virginia, respóndeme —dijo como si tratase de resistirse a la realidad.

Pero la desdichada contorsionista no podía responderle. Sus hermosos ojos estaban desmesuradamente abiertos, sin ver. Clark crispó la mandíbula con fuerza y escrutó a su alrededor, como si tratase de descubrir al misterioso asesino.

Este debió lanzar el cuchillo, pues no le oyó acercarse. Con su crimen impidió la revelación de Virginia. Parpadeó impotente, y no sabía qué resolución tomar.

Con un movimiento instintivo cerró piadosamente los párpados de la bella mujer. Su indigna acción la había pagado muy cara. La dejó en el suelo y se irguió.

Se miró las manos manchadas de sangre, reflejándose en sus pupilas el horror.

—Otra vez —musitó.

Y echó a andar. Se dirigió hacia el carro con paso natural, sin apresurarse. De haberlo hecho habría llamado la atención de alguien haciéndose su situación aún más comprometida.

Joe sonrió al verle entrar, en su mano tenía una botella de limonada.

—¿Dónde te has metido? Empezaba a intranquilizarme.

—Joe.

Este se volvió, cuando se disponía a apoyar la botella en sus labios. Entonces fue cuando advirtió el aspecto de su amigo.

—¿Qué te ha ocurrido?

Clark no pronunció una sola palabra. Tan solo se limitó a mostrar sus manos.

El gigantón retrocedió un paso, sobrecogido de horror.

—Otra vez sangre, Clark.

—Sí, otro asesinato.

La voz del joven sonó ronca.

Joe llegó a su lado y le rodeó la espalda con un brazo, apretándole contra su poderoso pecho con afecto. Su acción parecía proteger a su amigo de cuantos peligros pudieran acecharle.

—¿Quién ha sido la víctima?

—Virginia, estaba hablando conmigo.

—¿Cómo la mataron?

—Arrojaron un cuchillo contra ella. Se lo clavaron en la espalda, murió en el acto.

—¡Asesino! —rugió Joe exasperado.

Ni por un instante puso en duda las palabras de su amigo. Su fe en él era infinita.

—Todavía no se ha descubierto el asesinato, todo está en silencio.

—Así es.

—¿Qué piensas hacer?

—Huir.

—¿Huir? ¿Te has vuelto loco? Si lo haces tu culpabilidad quedará demostrada. Chicago es una gran ciudad, pero no tardarás en ser descubierto. Nada podrá salvarte.

—Si declaro lo ocurrido, el teniente Mac Gregor no me creerá, me detendrá sin vacilar. Mi situación será desesperada, conduciéndome a la silla eléctrica. No quiero morir como si fuese un criminal, soy inocente, Joe.

—Te creo.

—Solo me queda una posibilidad de escapar de esta encerrona y trataré de aprovecharla. Huiré, pero no me alejaré del circo, tratando de descubrir la verdad. Reginald Haines está mezclado en esto, y él me ayudará a desentrañar este misterio. Lo entregaré al teniente Mac Gregor.

—Te ayudaré, chico —asintió Joe con un brillo de entusiasmo en sus ojos.

—No hagas nada, debes limitarte a seguir mis instrucciones. Esos asesinos te vigilarán. ¿Me has entendido?

—Sí.

Clark acababa de controlar todo el dominio de sus nervios de acero, decidiendo actuar con rapidez. Ya no podía continuar entreteniéndose. El asesinato de Virginia podía ser descubierto de un momento a otro siendo su situación apurada. Cuando esto ocurriese, debía encontrarse en un lugar relativamente seguro.

Se lavó las manos con rapidez, vistiéndose, mientras Joe se cuidaba de hacer desaparecer el agua delatora. Los dos amigos quedaron frente a frente. El gigantón le alargó un fajo de billetes.

—Te hará falta el dinero.

—No, ya llevo cien dólares, es suficiente. El dinero estará más seguro en tu poder.

—No, debes llevártelo.

—No seas chiquillo, Joe. Nos iremos viendo. Como siempre confiaré en tu ayuda.

—¿Llevas tabaco y fósforos?

—Sí, dos paquetes. No lo he olvidado.

—Toma este cuchillo, te puede servir de ayuda.

—Siempre he confiado en mis puños.

—Ahora te enfrentas a una cuadrilla de asesinos. Te haría falta una pistola, pero ni tú ni yo la hemos tenido nunca. Coge este cuchillo y no vaciles en usarlo si te encuentras en peligro.

Clark todavía dudo unos instantes y cogió el arma, metiéndola en un bolsillo de la chaqueta. En aquel instante sonaron gritos, sembrando la alarma en el circo.

—Ya han descubierto el cadáver de Virginia —murmuró Clark.

—Márchate, no pierdas un momento.

Se unieron en un fuerte abrazo y el joven salió del carro. Lo hizo sin apresurarse, procurando no atraer la atención sobre sí. Debía actuar con cuanta habilidad le fuese posible, pues sus enemigos podían estar acechándole, con la intención de tenderle una trampa mortal.

Se deslizó con sigilo, deseando salir del campamento. No tenía elegido el lugar más adecuado para ocultarse. Eso lo dejaba al azar. Ya lograría salir de aquel apuro.

La gente corría de un lugar a otro, poseída del pánico. Los ánimos ya estaban excitados y los gritos produjeron un gran desorden. Y este aumentó cuando empezó a circular la noticia del asesinato de Virginia, la bella contorsionista.

Haines se apresuró a llamar a la policía, presentándose en el campamento el teniente Mac Gregor y el sargento Basset con una rapidez sorprendente. Daba la impresión de haber estado esperando la llamada.

Ya se encontraba cerca de la salida, cuando vio a Frances. La muchacha le divisó antes de haber tenido tiempo de ocultarse, corriendo hacia él. Intentó deslizarse, pero la muchacha dijo:

—No se vaya, Clark. Deseo hablarle.

Se detuvo contrariado. No podía hacer otra cosa, en su situación no le convenía atraer la atención de nadie. Frances se le aproximó, deteniéndose a escasa distancia de él.

—Es horrible, Clark. Hace un rato le vi hablando con esa mujer, ahora he oído decir que ha aparecido asesinada.

—Sí, la mataron mientras hablaba conmigo. El asesino arrojó un cuchillo, clavándoselo en la espalda. No me será posible demostrar mi inocencia y el teniente Mac Gregor me detendrá.

—¿Intenta huir?

—Sí, con la intención de descubrir la verdad. Se trata de la única forma de librarme de la silla eléctrica, pues sobre mí pesarán dos asesinatos.

—Yo le ayudaré —afirmó Frances con vehemencia.

—¿Cree en mi inocencia?

—Sí. Usted no puede ser un despiadado asesino.

—Es extraño. Hasta ahora puso en duda mi corrección.

—Es distinto. En realidad siempre le he estado agradecida y no sentía ninguna animosidad hacia usted.

—Pues lo disimuló muy bien —comentó Clark con ironía.

—Le creí muy orgulloso, envanecido por su fama de gran trapecista.

—¿Yo? —exclamó Clark sorprendido.

—Sí, pero estaba equivocada y le ruego me disculpe. Ahora se formará una mala opinión, de mí.

—¿Una mala opinión de usted? No, al contrario, la creo adorable.

—Clark, se equivoca...

Y se detuvo bruscamente. Comprendió estar perdiendo el tiempo. Ambos, dejándose llevar de sus sentimientos, se habían olvidado de la verdadera situación y el peligro que continuamente se cernía sobre sus cabezas.

—No debemos hablar de cosas sin importancia. Lo principal...

—¿Por qué no se ha marchado del circo, Frances? —preguntó el joven recobrando la serenidad.

—Es muy difícil hacerlo. Dos agentes vigilan la entrada. Estaba buscando un lugar por dónde salir sin ser vista.

—Sígalo haciendo, Frances. Es peligroso para usted continuar en este lugar. No me perdonaría nunca si le ocurriese algo irremediable.

—No me iré. Estoy dispuesta a ayudarle. En el circo existe un importante secreto. Lo descubrió Hank Burton y por eso lo mataron. Burton era un agente secreto.

—También he llegado a esa conclusión. Es más, Haines es uno de los principales dirigentes de esta cuadrilla de malhechores, por no afirmar el más destacado. Trataré de desenmascararle. No se meta en esto, Frances.

—No puedo dejarle solo.

—Le agradezco mucho su interés, pero no tiene ninguna obligación conmigo.

—Sí, me salvó la vida.

—Olvídese de aquello.

—Nunca podré hacerlo.

Clark volvió a olvidarse de cuanto le rodeaba y del peligro constante que estaba corriendo. Sus manos se apoyaron en los hombros de la muchacha y la atrajo hacia sí. Ella no opuso la menor resistencia.

—Frances.

Y la besó con suavidad. Se separaron, mirándose a los ojos. Ambos estaban dominados por una intensa felicidad. Sus bocas se volvieron a unir, aunque esta vez el beso fue largo y ardoroso.

Clark se separó y unió su mejilla a la de la joven. Musitó con ternura.

—Frances, limítate a estar en comunicación con Joe. No expongas tu vida, esos hombres no vacilarán en matarte de descubrir tus intenciones. Prométemelo.

—No puedo, Clark. Solo puedo prometerte no hacer ningún disparate. Quiero ayudarte.

—Pero siempre con Joe. Él te protegerá.

—Hablaré con Joe. Ten mucho cuidado.

Y volvieron a besarse.

Clark se alejó sin volver a mirar a su amada, de hacerlo no habría tenido valor.

Le parecía imposible lo ocurrido. Tuvo entre sus brazos a la linda periodista, habiéndola besado y correspondido con ardor. Todavía le parecía continuar sintiendo el sabor de aquellos besos sublimes en sus labios.

Ahora todavía debía luchar con mayor empeño para lograr descubrir la verdad. No era tan solo su vida lo que estaba en juego, sino también su amor.

Ahora sabía que la salida estaba vigilada por dos agentes y que no podía intentar salir por ella, pues sería descubierto y detenido. Debería escapar por otro lugar, no siéndole excesivamente difícil, pues conocía bien el lugar.

Siguió andando, lleno de euforia. En aquel momento veíase capaz de arrostrar cuantos peligros le saliesen al encuentro. Sentíase un formidable hércules, pudiendo destruir a sus enemigos sin ninguna dificultad.

Pero conforme fue avanzando, iba recobrando su equilibrio, dándose cuenta de nuevo de lo apurado de su situación. Debía ocultarse y actuar con la mayor rapidez posible.

Sabía lo que le interesaba hacer, pero carecía de la más remota idea de cómo conseguirlo. El azar le conduciría a su nuevo escondite. Después intentaría poner en apuros a Reginald Haines, hasta demostrar su culpabilidad.

De pronto se detuvo. Un hombre acababa de surgir ante él, fue a retroceder, pero al oír su voz no lo hizo.

—Soy yo, Clark. No huyas.

—¡Hola Jimmy! ¿Cómo me has visto en la oscuridad?

El payaso se le acercó, su rostro mostraba una gran ansiedad.

—No me ha sido difícil deducirlo, Clark, fui a vuestro carro al enterarme del asesinato de Virginia. Joe no me dijo la verdad, pero la adiviné. Entonces pensé que intentarías salir por esta parte. ¿A dónde vas a ir?

—No lo sé. Ya llegaré a algún sitio.

—Eso es una locura, te descubrirán y serás detenido. Yo tengo un cuarto para mí solo, tengo ese privilegio por ser uno de los artistas más antiguo del circo. Bueno, si me puedo llamar artista —aclaró con modestia.

—Lo eres, Jimmy. Tiene casi tanto mérito hacer reír al público que emocionarlo.

—Puedes ocultarte en mi cuarto, nadie te descubrirá. Por la noche tendrás libertad de acción, Haines sabe muchas cosas de esto.

Y le guiñó un ojo picarescamente.

Clark le golpeó amigablemente en el hombro.

—Acepto, Jimmy. Eres un excelente amigo.

—Siempre os he apreciado. Tú y Joe sois dos grandes muchachos.

El joven siguió sin vacilar al payaso, confiando por completo en él. Se trataba de la mejor solución, estaría a salvo y cuando se hiciese de noche tendría completa libertad de acción en el circo.

Avanzaron, yendo Jimmy ligeramente adelantado. A veces se detenía, levantando el brazo en muda señal.

Clark se apresuraba a obedecer. De esta forma consiguieron llegar al cuarto de Jimmy. Este se detuvo ante un remolque parecido al de Reginald Haines.

—Espérate un momento, voy a ver si mi compañero está fuera. Así será, con este jaleo nadie está en su cama. Pero es necesario asegurarse. Butler es un buen muchacho, aunque es preferible no fiarse de nadie.

Jimmy llegó al remolque con naturalidad. Entró y no tardó en aparecer, levantando la mano derecha a la altura del hombro. Clark sin vacilar entró en el remolque. Jimmy señaló su improvisado cuarto, quedando aislado del resto.

—Ahí no registrará nadie, muchacho. Estarás en completa seguridad. ¿Quieres beber algo?

El joven se dejó caer en el lecho y asintió.

—Una naranjada, Jimmy. Tengo sed.

El payaso se apresuró a destapar una botella, alargándosela. Clark bebió con avidez, pues notaba la boca reseca. Cuando la vació, se puso un cigarro en los labios y lo encendió. Jimmy no se encontraba a su lado, pero no hizo el menor caso.

Apenas oyó los pasos del payaso al acercarse.

—Quédate con la luz apagada. Voy a enterarme de lo que está ocurriendo.

—Gracias, Jimmy.

—No seas bobalicón —bromeó el payaso al marcharse.

Permaneció fumando. Sentíase tranquilo, como si todos los peligros se hubieran alejado. Hasta allí no llegaría el teniente Mac Gregor, Jimmy lo evitaría con tranquilidad.

Cuando arrojó la colilla, no le fue posible quedarse dormido. Sus nervios continuaban excitados, tanto por la inesperada situación en que se encontraba, como por el recuerdo inefable de Frances.

Había llegado lo inesperado. Sí, estaba enamorado.

Entonces pensó en Joe, con ello engañaba a su amigo, traicionando la confianza depositada en él. Movió la cabeza. Ahora tenía la seguridad de

no sorprenderle. Joe ya lo sospechaba y antes de saberlo él. Se acordó de la otra noche, cuando le dejó acompañar a Frances.



—¡Otra vez sangre! — exclamó Joe...

Volvió a pensar en su situación. En medio de la mayor oscuridad su mente evocó soluciones fantásticas y otras verosímiles. Todas las ideas daban vueltas en su cerebro, sin poderles dar una forma definida. Se movió inquieto, no encontrándose tan seguro en el cuarto de Jimmy.

Podían haber sido seguidos por sus enemigos y estos podrían aprovechar el momento oportuno para ponerle en poder del teniente Mac Gregor. La intención de aquellos asesinos no era matarle. Muerto carecía de importancia para ellos, en cambio vivo adquiría un valor extraordinario.

Él fue elegido como víctima propiciatoria. Todo le acusaba como asesino de Burton y Virginia. Con su detención todo terminaría en el circo. Todo continuaría su ritmo acostumbrado, y los asesinos seguirían actuando impunemente.

Tan solo quedarían tres víctimas, los dos muertos… y él.

Pero no se dejaría atrapar, lucharía con todas sus fuerzas para poner al descubierto a los culpables. El teniente Mac Gregor y el sargento Basset se verían obligados a disculparse.

Sus nervios se relajaron y sus ojos se cerraron para descansar.

CAPÍTULO IX

El teniente Mac Gregor llegó al circo con toda la rapidez posible, acompañado de Basset. Ambos tenían el ceño fruncido, disgustados por no haber podido evitar aquel nuevo crimen.

Las gestiones realizadas durante el día no dieron resultado alguno. Todas dieron un signo negativo, los criminales eran astutos, habiendo actuado con habilidad.

Examinaron el cadáver de Virginia. La experta mirada de Mac Gregor se posó en la herida, observando el cuchillo. Después murmuró entre dientes.

—El cuchillo fue arrojado desde distancia. Virginia debía estar hablando con alguien.

—¿Quiere decir, teniente? —inquirió Basset sorprendido.

—Sin ninguna duda. Fíjese cómo está clavado. El brazo del asesino no puede formar esa posición, demasiado forzada. El cuchillo está clavado hasta el mango.

—Es cierto —asintió Basset observando cuanto le indicaba su superior.

—No me extrañaría que Virginia estuviese conversando con Clark Sekyra.

—¿Es posible?

—Me apostaría hasta el último centavo de la paga del mes. Ese muchacho está predestinado a ser acusado de asesino. Buscan su perdición.

—Ya no podemos tener ninguna duda.

—Deberemos detenerle. Ahora su vida corre peligro.

Alzó la voz.

—Doctor, puede examinar la víctima. ¿Dónde está Reginald Haines?

El forense se inclinó sobre la desventurada contorsionista, mientras el director del circo se adelantaba hacia el teniente.

—¿Qué puede decirme de este crimen?

—Absolutamente nada. Estaba haciendo los preparativos para acostarme cuando oí gritos. Me apresuré a salir alarmado y me encontré con Virginia sin vida.

—Esto ya es demasiado —gritó Mac Gregor exasperado—. Plaga el favor de acompañarme hasta el carro de Clark Sekyra. Ese trapecista no volverá a burlarse de mí.

Y vio cómo las pupilas de Haines brillaban de satisfacción. Siguió al director, mientras tras, él iban Basset y dos agentes. No tardaron en detenerse ante el carro de los dos amigos.

—Aquí es —indicó Haines lacónico.

Mac Gregor llamó a la puerta con energía. No tardó en abrirla Joe. El gigantón no pareció sorprenderse al ver a los policías, preguntando con amabilidad:

—¿Qué desean?

—Habla con Clark Sekyra.

—Lo lamento, pero no está aquí.

—¿Dónde se encuentra?

—¡Yo qué sé! Ya es mayorcito para ir solo —respondió con contenida furia.

Mac Gregor entró en el carro, al hacerlo obligó al gigantón a apartarse. Basset le siguió, mientras los dos agentes se quedaban en la puerta.

—Al parecer su visita no es muy amistosa, teniente —comentó Joe.

—De ninguna manera. ¿Acaso no sabe que se ha cometido otro asesinato en el circo?

—Sí, no soy sordo. Han matado a Virginia. Dios me perdone, pero no se ha perdido nada bueno.

—No me gustan los comentarios, Norman. Pueden ser perjudiciales para usted.

Sin esperar contestación, entró en el interior del carro, empezando un minucioso registro. Joe hizo un ademán para protestar, pero el sargento le sujetó por el brazo.

—El teniente Mac Gregor puede efectuar este registro, no trate de evitarlo.

El gigantón miró a Basset, después se encogió de hombros.

—Como quieran. La han tomado con Clark. ¡Qué le vamos a hacer!

Mac Gregor no tardó en encararse con Joe.

—Casi todos los objetos de Clark Sekyra se encuentran aquí. ¿Cuánto dinero llevaba encima?

—No puedo responderle con precisión, Clark acostumbra a llevar veinte dólares. El chico no es malgastador. Estamos ahorrando para retirarnos dentro de un par de años. La profesión es muy peligrosa.

—No me importa sus planes para el porvenir, pero sí lo que han hecho en el presente. ¿Acostumbraba a ponerse un traje completo por la noche?

—No, nos limitamos a ponernos la bata.

—Pues esta noche no lo ha hecho así. ¿Se dio cuenta, Joe?

—No.

—Puedo detenerle si no dice la verdad, acusado de cómplice de dos asesinatos.

—¡Por Dios, teniente! Usted le ha cogido ojerizas a Clark, a eso no hay derecho. El muchacho no pudo agredir a la señorita Bacall. No le creo capaz de asesinar a Burton y mucho menos a Virginia. Es demasiado… demasiado… Ah, sí, demasiado caballeroso para atacar a un mujer, y menos con la intención de matarla.

—¿Estaba con usted cuando descubrieron el cadáver de Virginia?

—No, ya se habían marchado.

—Sargento Basset —ordenó Mac Gregor volviéndose—. Organice la busca y captura de Clark Sekyra.

—¿Cómo sospechoso de haber cometido los dos asesinatos?

—Sí.

Joe se encogió de hombros, limitándose a decir:

—Están cometiendo una gran equivocación.

—Eso no es de su incumbencia, Norman. Limítese a responder, no quisiera encerrarle antes de tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gigantón exasperado.

Pero el teniente Mac Gregor ya salía del carro. Resultaba peligroso irritar a aquella mole de carne y músculos. Podía atacarles. Entonces se vería en la necesidad de detenerle. Le convenía que estuviese en completa libertad, pudiendo acudir en ayuda de su amigo en caso de necesidad.

Ahora tenía la seguridad de precipitarse los acontecimientos.

Y empezó la busca de Clark Sekyra. El sargento Basset y los agentes tenían la consigna secreta de no investigar a fondo, y no disparar contra el joven trapecista, aunque este les atacase. Si lo hacían, debían apuntar al aire.

El registro fue infructuoso, no hallando el menor rastro del fugitivo. Mac Gregor fingía estar encolerizado.

—¿Dónde se habrá metido ese granuja? Probablemente habrá salido del circo. Aunque la salida está vigilada, es relativamente fácil entrar o salir por cualquier sitio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Basset con aspecto compungido.

—Cuatro agentes se cuidarán de vigilar el circo. Nos marcharemos, nuestra presencia aquí es innecesaria. Mañana proseguiremos las gestiones.

Haines se adelantó al teniente.

—¿Me necesita usted?

—No, no, ya puede acostarse. Ya lo ha oído, nos marchamos y volveremos mañana temprano. Sekyra no tardará en ser detenido.

—¿Lo cree usted?

—Estoy convencido. Cuando un criminal empieza a ser dominado por el pánico, comete una torpeza irreparable.

—Me resisto a creer en la culpabilidad de Sekyra —objetó Haines.

—No existe ninguna duda. Su huida lo demuestra. Eran demasiadas coincidencias. Le comprendo, Haines. Usted se resiste a creer en la culpabilidad de uno de sus artistas, y más tratándose de un asesinato.

El director se encogió de hombros y, tras despedirse, se alejó. Mac Gregor cogió el brazo del sargento.

—Vámonos, nuestra presencia no es necesaria esta noche.

Basset se dejó caer contra el respaldo, mientras Mac Gregor ponía en

marcha su coche. Se miraron en silencio, después el teniente murmuró:

—Me gustaría proteger a Clark Sekyra, su vida corre peligro.

Jimmy permaneció sonriendo cómo se alejaban los policías, desvaneciéndose el peligro para Clark. El joven estaba en su cuarto, habiéndose cerciorado de ello al empezar el registro bajo la iniciativa del sargento Basset. Se colocó en la puerta e invitó al sargento a entrar. Este se limitó a decir:

—No es necesario.

Entró en el cuarto y encendió la luz. Parpadeó sorprendido al verlo vacío.

—¿Dónde habrá ido Clark Sekyra? —se preguntó en voz alta, se encogió de hombros y procedió a desnudarse. No tardó en quedarse dormido.

Clark oyó perfectamente cómo Jimmy invitaba al sargento a entrar en su cuarto, preparándose a meterse debajo de la cama, si este aceptaba la invitación.

No le fue necesario hacerlo. Los policías pasaron de largo. La actitud del payaso fue tan natural, que el sargento Basset fue engañado por completo.

No podía continuar en aquella estancia inactivo, debiendo realizar un esfuerzo para descubrir la verdad. Permaneció atento a cuanto ocurría en el campamento, hasta escuchar unas voces comentando la marcha de los policías.

Ahora se encontraba ante su oportunidad y debía aprovecharla.

Se incorporó y movió los brazos con energía, con el fin de desentumecer los músculos. Y salió cautelosamente, sin dificultad, pues el cuarto tenía otra salida.

Ya no se notaba movimiento alguno. Al marcharse la policía, los artistas se retiraron a sus alojamientos. No le fue difícil avanzar hacia el camión de Reginald Haines. Tenía la seguridad de encontrar allí el enigma de aquel misterio.

No había luz alguna y apenas pudo reprimir una imprecación. Si Haines dormía ya, no le sería posible registrar nada, pues se expondría a ser descubierto. Le convenía mantener a sus enemigos en la mayor confianza.

Decidido abrió la puerta y entró en el amplio departamento de Reginald Haines. Recordaba perfectamente cómo era: un pequeño y confortable dormitorio, un pequeño cuarto de aseo, otro cuarto para tener diversos objetos y un amplio comedor.

Se deslizó en la oscuridad procurando no tropezar, llegando hasta la puerta del dormitorio. Pegó la oreja en la puerta, y no oyó absolutamente nada. Se decidió y la abrió con lentitud, permaneciendo inmóvil. Tuvo la seguridad de no estar allí Haines y esto le produjo una gran alegría.

Aquella noche aún tenía la oportunidad de lograr realizar un

descubrimiento decisivo. Encendió un fósforo, comprobando estar el lecho vacío. Se hubiera sorprendido de lo contrario, pues la respiración de Haines habría denunciado su presencia.

Apagó el fósforo y lo metió en un bolsillo. No debía dejar, huella alguna de su paso por aquel lugar. Salió y cerró la puerta cuidadosamente.

Ya no vaciló un segundo. Sus movimientos eran más rápidos y seguros, al tener la seguridad de encontrarse solo. Se encaminó hacia el cuarto, con la intención de entrar en él y sorprender la llegada de Haines. Intentar registrar el remolque no le daría el menor resultado, pues debería hacerlo a oscuras y expuesto a ser descubierto.

Esto lo haría cuando se estuviese realizando el espectáculo, teniendo casi la certeza de no ser sorprendido. Ahora se limitaría a permanecer inmóvil, procurando realizar un descubrimiento interesante.

Abrió la puerta y entró resuelto, cerrándola tras sí. Tan pronto lo hubo hecho, sus músculos se pusieron en tensión. Tenía la seguridad de haber oído un ligero ruido. Permaneció inmóvil, presto para lanzarse sobre un inesperado enemigo y abatirlo de un golpe.

Ya no tuvo duda. Escuchó una respiración contenida y agitada. Se deslizó con sigilo, adquiriendo la certeza del lugar donde se encontraba el misterioso individuo. Decidió actuar con rapidez, pues de un instante a otro podía surcar un cuchillo el espacio y clavarse en su pecho.

Se arrojó con violencia y tropezó con un cuerpo. Su violento empuje le derribó y sus manos atenazaron un cuerpo mórbido y atrayente, mientras le arrancaba un gemido.

Un pensamiento cruzó rápido por su mente.

—No es posible —murmuró sin soltar su presa.

—¡Dios mío, qué susto me has dado, Clark!

—¿Eres tú, Frances?

—Sí. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Qué haces aquí? Ya deberías estar en tu casa.

—He venido por si me es posible descubrir la culpabilidad de Haines.

—Estás loca, esos bandidos te matarán.

—No les temo —respondió la muchacha desafiante.

—Es un disparate. Vete enseguida de aquí.

—Si lo hago aún será más expuesto.

Y se apretó más contra el cuerpo de su amado, como si buscase su protección. Sus rostros estaban juntos y sus bocas se unieron. Clark perdió la noción de cuanto le rodeaba. Entre sus brazos tenía la mujer amada, lo demás carecía de importancia. El sabor de aquellos deliciosos labios le enloquecían.

Sin embargo, no tardó en reaccionar y la apartó con suavidad.

—No puedo dejarte aquí. Tu vida corre peligro.

—De un momento a otro puede llegar Haines. Entonces aún sería peor.

Clark asintió en silencio. Ella no podía verle, pero lo intuyó. Mimosa insinuó.

—¿Dónde puedo estar mejor que a tu lado, querido? Tú me proteges.

—Eres un diablo, Frances. Esto me lo pagarás.

—Sí, querido.

No me gustan las zalamerías.

Y la apretó con fuerza. De nuevo la besó con ardor, lo hizo en todo el rostro, como si tratase de saciar una sed inexplicable.

Frances sentíase feliz. Jamás pudo sospechar que el amor fuese algo tan inmenso, y más cuando su vida y la de su amado estaban en peligro.

Notó cómo Clark se apartaba y le cubría la boca con una mano, mientras susurraba:

—¿Tranquila, Frances? Confía en mí, ningún peligro nos amenaza.

Acababa de oírse abrir la puerta, sonando unos pasos seguros y firmes. Un rayo débil de luz de filtró por debajo de la puerta del cuarto.

Clark soltó a la muchacha y aplicó el ojo a la cerradura. La visión era escasa, aunque pudo ver a Haines, seguido de Gaskell. Tres hombres más entraron en el remolque.

Apenas pudo contener un estremecimiento de júbilo. No estaba equivocado al creer en la culpabilidad del director. La presencia del forzudo lo demostraba. La acusación de Virginia fue hecha adrede para provocar la pelea entre Gaskell y él aunque aquel tuvo la intención de dejarle inconsciente en poder del teniente Mac Gregor.

—Cierra la puerta, Hutton —ordenó Haines con brusquedad.

Fue obedecido por el llamado Hutton. Este era un empleado del circo, así como los otros dos hombres. Clark los conocía muy bien, no se le olvidarían sus nombres.

—Sentaos de cualquier forma, os voy a dar las instrucciones para mañana. Este asunto debe quedar terminado, de lo contrario podría tener desagradables consecuencias para nosotros.

Hutton se dirigió hacia el cuarto. Sus pasos sonaron de forma siniestra. Clark se consideró perdido y se incorporó con los puños cerrados, presto a golpear y poder salvar a Frances, aunque él se quedase en poder de aquellos asesinos.

Los pasos de Hutton ya estaban casi junto a la puerta, cuando se oyó la voz autoritaria de Haines.

—¿A dónde vas, Hutton?

—Ahí dentro, a buscar un taburete.

—No es necesario, acomódate de cualquier forma, enseguida terminaremos. No es conveniente permanecer mucho rato aquí, alguien podría darse cuenta. Aunque soy el director y es correcto os dé instrucciones para mañana, puede despertar sospechas.

—Está bien —refunfuñó Hutton.

—¿Me escucháis? —inquirió Haines.

Obtuvo varias contestaciones afirmativas.

—Aún no hemos podido sacar el género. La culpa la tuvo Burton, y fue preciso eliminarle. Gaskell lo hizo bien. Para acabarlo de redondear todo, las sospechas de ese estúpido teniente Mac Gregor cayeron sobre Clark Sekyra. Convencimos a Virginia para terminar de hacer sospechoso por completo a Sekyra. Después se arrepintió y fue necesario matarla. Hasta ahora todo ha salido bien, saliendo favorecido por los acontecimientos nuestros planes.

Hizo, una pausa, como si esperase oír algunas preguntas de sus hombres, pero estos permanecieron silenciosos.

—El género debe salir cuanto antes. Mac Gregor puede realizar un registro a fondo y descubrirlo. Hank Burton era un agente del servicio secreto, llevando varios meses en el circo, hasta adquirir la certeza de nuestra culpabilidad. Mañana Sekyra habrá sido detenido y todo continuará igual.

—¿Y si matamos a Sekyra? —preguntó Gaskell con ansiedad.

—Nos conviene más vivo, Gaskell. Su presunta culpabilidad nos salvaguarda. Su cadáver quizá serviría para atraer las sospechas del teniente Mac Gregor hacia nosotros.

—Me gustaría encontrarme de nuevo frente a ese trapecista.

—Tu mejor venganza será verle sentado en la silla eléctrica.

Y Haines soltó una sarcástica carcajada. Todos le imitaron, regocijados por la oportuna contestación del director.

Clark oprimía los puños con furia. De haberse dejado llevar por su impulsivo temperamento, se habría lanzado contra aquellos miserables, golpeándoles con saña, hasta ponerles fuera de combate. Pero habría sido fatal, pues no hubiese tenido más remedio que sucumbir ante la superioridad numérica de estos.

Todavía conversaron por espacio de unos minutos, sintiendo Clark el perturbador contacto de la muchacha en su espalda. La muchacha se portaba valientemente, pues no temblaba.

Al fin, Gaskell y los tres hombres se marcharon.

Oyeron como Haines se movía en la estancia contigua, hasta entrar en su dormitorio.

—Esperaremos un poco, Frances —susurró Clark—. Después nos marcharemos. Con un poco de suerte no se dará cuenta ese miserable.

—Así lo haremos, Clark —asintió ella.

Transcurrieron los minutos con lentitud, hasta decidir el joven intentar salir del remolque. Abrió la puerta con cautela, aunque no le fue posible evitar que los goznes de esta rechinasen un poco.

Esto le contrarió, pues pudo haber despertado a Haines. Hacía poco que el director habíase metido en el lecho. Si había podido conciliar el sueño,

este aún no sería profundo.

Oyó un rumor en el dormitorio, cuando ellos ya cruzaban a oscuras la estancia. Entonces sonó la voz de Haines.

—¿Quién está ahí?

Los dos permanecieron inmóviles, procurando no hacer ruido. Clark tuvo la seguridad de ver aparecer de un instante a otro a Haines y empujó a la muchacha con suavidad hacia la puerta. Frances tropezó y produjo un ruido bastante fuerte.

Clark, en grandes zancadas, se colocó junto a la puerta del dormitorio, mientras se abría y aparecía la figura de Haines empuñando una pistola.

—¡Alto o disparo! —ordenó con furia.

La derecha de Clark cayó con demoledora potencia en la mandíbula del director y este rodó por el suelo fulminado.

El joven no se entretuvo. El chasquido producido por el impacto de su puñetazo, tuvo la seguridad de haberle dejado sin conocimiento.

Se alegraba de haber podido golpear a Haines, desahogando su rabia ante su malvada conducta.

Encontró a Frances en la puerta del remolque y la cogió del brazo, mientras la amonestaba con cierta dureza.

—Ya deberías estar junto a la valla, Frances.

—No podía dejarte solo, debes comprenderlo.

—No lo comprendo. No me has hecho caso. De haber disparado Haines la situación sería comprometida.

—No me riñas, Clark.

El joven se vio obligado a sonreír. Ahora tenía la impresión de tener a su lado a una chiquilla. Su tono así lo daba a entender. La estrechó con ternura, deseaba dedicar el resto de su vida a protegerla. Ella alzó su linda carita, viéndose obligado a bajar la cabeza y besarla.

Clark se detuvo ante la parte más fácil de salir del campamento.

—Regresa a tu casa y descansa, Frances.

—Quisiera continuar a tu lado.

—No es posible. Estoy en un escondrijo solo, tú no puedes estar en él. Mañana tendré la ocasión de desenmascarar a esos asesinos. El género debe ser drogas y estará escondido en el camión de Haines. Durante la función tendré la esperada oportunidad. El teniente Mac Gregor verá ante él las pruebas de la culpabilidad de Reginald Haines y sus cómplices.

—No te expongas. Clark. ¿No sería preferible comunicar al teniente Mar Gregor lo que hemos descubierto?

—No nos creería. Tiene la certeza de que soy yo el asesino. ¿No lo comprendes? No querrá oírme y me encerrará en una celda. Mientras tanto Haines sacará las drogas, haciendo desaparecer todas las pruebas… No; seré yo quien descubra ese escondrijo.

Frances no contestó, limitándose a ofrecer los labios a su amado. Este la

besó con ardor y luego la ayudó a saltar al otro lado.

El joven agitó la mano por última vez, permaneciendo inmóvil, viendo perderse la gentil silueta de su amada en la oscuridad.

Regresó al remolque de Jimmy y llamó con suavidad. La puerta se abrió con rapidez, dando la impresión de estar el payaso al acecho de su llegada.

—¿Dónde te has metido, Clark?

—He estado de reconocimiento.

—¿Buen resultado? —preguntó Jimmy con ansiedad.

—Sí. Haines va a lamentar haberme metido en este asunto. Es peor de lo que puedas imaginar, Jimmy.

—¿De qué se trata?

—Mañana te lo explicaré, ahora estoy rendido. Solo deseo dormir.

Jimmy ya no insistió. El joven se tendió en un lecho improvisado no tardando en quedarse dormido.

CAPÍTULO X

Clark Sekyra abrió los ojos y con las manos se alisó sus desordenados cabellos. Sentado en el improvisado lecho preparado por Jimmy escuchaba los ruidos tan conocidos: el despertar del campamento.

Tenía sed y alargó la mano hacia el lugar donde Jimmy siempre tenía alguna botella de refresco. No Obstante, no llegó a coger ninguna y quedó inmóvil.

La puerta habíase abierto y apareció Jimmy. Su rostro denotaba una gran excitación.

—Huye, Clark, huye.

—¿Qué quieres decir?

—Huye, el sargento Basset viene a detenerte.

Se dispuso a dar media vuelta, cuando vio al sargento con una pistola en la mano. No podía escapar por la puerta trasera, pues el sargento podría disparar tranquilamente, limitándose a herirle en una pierna.

El aviso de Jimmy había llegado tarde. Tan solo unos segundos antes y la situación habría cambiado por completo.

No vaciló, corrió hacia el sargento y de un manotazo apartó su mano armada. Sin perder un momento le golpeó en el estómago. Basset dejó escapar un gemido, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Clark, con terrible celeridad, le derribó de un contundente gancho.

Salió al exterior y derribó a dos agentes en un violento encontronazo y siguió corriendo.

Los agentes, siguiendo las instrucciones recibidas no dispararon contra el fugitivo, haciéndolo al aire. Estas detonaciones sembraron el pánico en el circo.

Basset mascullaba maldiciones sin cesar. No tenía necesidad de fingir, pues tanto la barbilla como el estómago le dolían de una forma horrible. Clark Sekyra le golpeó con demoledora dureza.

El joven no vaciló. Durante las horas pasadas en el oscuro cuarto de Jimmy, pensó mucho en cuantas situaciones pudieran presentarse. Y se planteó varias soluciones. Por eso ahora no vaciló un solo segundo, corriendo hacia el lugar donde existía un depósito de paja.

Por fortuna, no encontró a nadie, metiéndose en la paja, donde se ocultó cuidadosamente.

Desde su improvisado escondite, Clark escuchaba el terrible alboroto formado en el campamento. Se encontraba en relativa seguridad, pues nadie podría sospechar en dónde se hallaba. ¿Quién le supondría oculto entre la paja? Nadie, tan solo la casualidad podría descubrirle.

Una vez pasada su tensión nerviosa, se acomodó lo mejor posible, moviéndose con lentitud. El montón de paja no debía moverse y despertar sospechas. Consiguió una posición relativamente cómoda, aunque soportando un horrible calor. Hizo una pequeña abertura por entre la paja, para ver el exterior.

Ahora distinguía a algunas personas, aunque bastante lejanas. Las reconocía a todas. De pronto se estremeció. Acababa de ver a Joe. Su amigo tenía el semblante descompuesto, le conocía bien y sabía cuánto sufría por su causa y la rabia que le dominaba.

Si lograba poner la mano encima de Reginald Haines, este no tendría tiempo de lamentarlo, pues lo destrozaría entre sus manazas. Como los hombres grandes y buenos, al desatarse su furia, esta podría tener terribles consecuencias.

Cuanto hubiese dado por ir a su encuentro y tranquilizarle. Pero no lo podía hacer, era imposible. Sería detenido y todo estaría perdido. Ahora menos que nunca sería creído por el teniente Mac Gregor. En cuanto al sargento Basset… prefería no pensar en él, estaría furioso por los potentes golpes recibidos, pues parecía verle rodar por el suelo, pese a su potente complexión física.

Joe se alejó y ya no estaba en su punto de observatorio.

Sentíase excitado. De buen grado hubiese fumado y no pudo menos de sonreír ante este pensamiento. De intentarlo la paja ardería con rapidez. Perecería como si fuese una moderna Juana de Arco, aunque con figura masculina.

Vio a tres hombres y los reconoció en el acto. Eran los cómplices de Haines. Sobre todo reconoció el semblante innoble de Hutton. Ahora veía a este bajo otro punto de vista, situándole en su realidad: un asesino.

Los tres hombres se detuvieron a escasa distancia de él, pudiendo escuchar perfectamente sus palabras.

—¿Dónde se habrá metido ese endemoniado? —inquirió Hutton con furia.

—Parece imposible, lo hemos registrado todo y no lo hemos encontrado. Da la impresión de haberse desvanecido en el aire.

—No digas tonterías. En algún lugar deberá estar oculto. ¿Qué haremos cuando lo encontremos?

—Ya lo sabéis, matarlo sin darle tiempo a hablar. Ahora sabe mucho y es peligroso.

—Sí, son las órdenes de Haines. Son acertadas, no podemos exponernos a ser detenidos. Todos iríamos a la silla eléctrica.

—¿Habrá salido del campamento? —preguntó un pistolero.

—No es posible, hubiera sido descubierto por la policía.

Clark se estremeció. Uno de sus enemigos acababa de decir.

—¿Estará metido dentro de esta paja?

Por unos instantes temió ser registrado el montón de paja por los secuaces de Haines, no tardando en ser descubierto. Su temor se desvaneció al escuchar una carcajada de Hutton.

—No digas disparates. A nadie se le ocurriría meterse ahí dentro. No tardaría en perecer asfixiado.

Y los tres facinerosos se alejaron.

Clark respiró más tranquilo. Ahora ya contaba estar en seguridad mientras permaneciese en su escondrijo. Aunque no como había dicho Hutton, corría el riesgo de perecer asfixiado. Aquello era un horno, y más al caer el sol sobre la paja.

Debía tener paciencia y resignación, dejando pasar el tiempo con toda tranquilidad. Cuando el ajetreo hubiese cesado en el campamento, habría llegado el momento de actuar, yendo en busca de los verdaderos culpables.

Iría directamente hacia el remolque de Haines, con la intención de reducir a la impotencia a este y efectuar un registro a fondo. Ya no le importaría ser descubierto y detenido por la policía, pues tendría en su poder las pruebas de su inocencia. Pero debía llegar hasta el camión y remolque de Reginald Haines. Si Mac Gregor le detenía antes, correría el riesgo de no ser creído.

La calma se fue haciendo. Hasta el escondrijo del joven apenas llegaba algún ruido, y este era el natural del campamento. Los dientes de Clark estaban cerrados con fuerza, como si acabase de adoptar una decisión definitiva.

Así era. Con precaución fue apartando la paja, hasta cerciorarse de que no podía ser visto. Entonces saltó fuera, respirando aliviado. Con enérgicos movimientos se sacudió la paja y se pasó las manos por la cabeza. Seguidamente echó a andar, haciéndolo con rapidez y grandes precauciones.

Tan pronto fuese visto, la alarma correría por el circo, teniendo tras sus talones a la policía y a los secuaces de Haines. Esta vez le resultaría más difícil burlarlos, pues no siempre la suerte iba a ponerse de su parte.

Contaba con su conocimiento del terreno. Esto le permitía deslizarse por los lugares menos transitados, hasta encontrarse a escasa distancia del camión del director.

En corta y veloz carrera llegó hasta la puerta del remolque, deteniéndose, y respiró profundamente, para calmar su natural agitación. Ignoraba si Haines se encontraría en el remolque o si estaría acompañado por varios de sus secuaces.

No le importaba, estaba dispuesto a enfrentarse con cuantos enemigos fuesen. En caso de ser vencido, gritaría para llamar la atención del sargento Basset, obligándole a ir en su ayuda.

Con rápido movimiento abrió la puerta y entró en el remolque.

Su imprevista entrada arrancó un grito de sorpresa a Reginald Haines.

Este se hallaba sentado tranquilamente, fumando. Su asombro fue inmenso al ver al joven trapecista frente a él. Ni por asomo pudo pasar por su cerebro semejante idea.

—¿Cómo se encuentra, Haines? —preguntó el joven, deteniéndose a escasa distancia de él.

—¿Cómo se ha atrevido a venir? La policía le está persiguiendo, no tardarán en descubrirle.

—Ya no me importa.

Haines parpadeó sorprendido. La contestación de Clark le impresionó. No la esperaba y fue hecha con mucha seguridad.

—Está acusado de asesino.

—Podré demostrar mi inocencia.

—No le será posible. El teniente Mac Gregor tiene muchas pruebas en contra usted.

—Carecerán de importancia. Yo no me he descuidado y ya conozco al asesino de Burton y Virginia.

—¿No ha sido usted? —exclamó Haines, fingiendo un inmenso asombro.

Clark sonrió de una forma feroz, conteniendo la indignación ante el cinismo de aquel miserable.

—Vamos, Haines. Estamos los dos solos, no hay necesidad de fingir.

—No le entiendo.

—Anoche le golpeé y ahora haré lo mismo. Después descubriré el escondite del «género».

Vio cómo el director movía la mano derecha hacia el interior de su americana, aparentando ser un movimiento natural. Clark actuó con centelleante celeridad. Tras propinar un manotazo en el brazo de su enemigo, su puño derecho cayó sobre su rostro, derribándole con la silla.

Una vez en el suelo, Haines asió la pistola, con la firme decisión de disparar contra el joven. Pero Clark se hallaba pendiente de sus movimientos y se lanzó sobre él con la agilidad y fiereza de un tigre. Sus dedos hicieron presa en el brazo de Haines y lo retorció con violencia.

El malvado dejó escapar un gemido de dolor, mientras sus dedos soltaban el arma. Su mirada extraviada se fijó en el rostro del joven.

—Frances Bacall responderá por mí, Sekyra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Clark sorprendido.

—La tenemos en nuestro poder. Si habla, la mataremos.

—No es posible, se marchó a su casa.

—La estábamos esperando, nos fue muy fácil apoderarnos de ella y la tenemos como rehén.

El cerebro de Clark trabajó de forma intensa en unos segundos, sacando diversas conjeturas. Una le pareció exacta. Haines no le engañaba… Frances había caído en poder de aquellos miserables. Se lo decía por

encontrarse perdido, pero la muchacha debía estar muy cerca de él, pudiéndola encontrar.

—La rescataré por mis propios medios, Haines.

Y dejó caer su puño con demoledora potencia. Haines quedó abatido. El joven le contempló y con rápidos movimientos le despojó de la corbata, atándole las manos. Después lo amordazó con un pañuelo.

Abrió la puerta del cuarto y vio una figura acurrucada.

—Frances.

Corrió hacia la joven y la desató. Frances sollozaba de alegría, aferrándose a su cuello.

—Tranquilízate, chiquilla. Vamos a ir en busca del teniente Mac Gregor. He conseguido triunfar. Mi inocencia quedará demostrada.

Cogió la mano de Frances y salió del cuarto. Un formidable golpe cayó sobre su nuca, cayendo de bruces. Gaskell acababa de golpearle con ampos puños y le contemplaba con burlona sonrisa.

—Voy a matarte, Sekyra. La policía solo encontrará tu cadáver y el de Frances Bacall.

Y le propinó un feroz puntapié. Clark logró esquivarlo, rodando sobre sí mismo. Se levantó con la mayor rapidez posible, pese a zumbarle los oídos dolorosamente. Pero Gaskell le alcanzó en la mandíbula, haciéndole retroceder hasta tropezar con la pared. Por este motivo el joven logró permanecer de pie.

El forzudo, sonriendo de forma brutal, se adelantó, con la intención de proseguir su inhumano castigo.

Clark carecía de fuerza para defenderse y estaba a merced de aquel criminal.

Frances, con la fuerza de la desesperación, se lanzó sobre Gaskell, pero este, de un brutal empujón, la derribó.

En la puerta sonó un rugido. En este se mezclaba la furia y la indignación. La potente figura de Joe Norman había aparecido en el umbral.

—¡Voy a matarte por esto, Gaskell!

Y se lanzó contra el forzudo. El choque entre los dos titanes fue terrible, golpeándose con inusitada violencia, derribando cuantos objetos se tropezaban.

Pronto se impuso Joe. Su cabeza golpeó con furia en la frente de Gaskell, abriéndole un surco sangriento. El forzudo quedó inconsciente. Joe, poniendo en acción toda su potencia, lo levantó en vilo sobre su cabeza, avanzando hasta la puerta.

La aparición de Joe Norman llevando sobre su cabeza a Gaskell, provocó un grito de terror en las personas que se aproximaban. Mac Gregor gritó:

—No lo mate, Norman.

El gigantón lo miró y sonrió. Después, con un gesto despreciativo arrojó el cuerpo de su enemigo al suelo, aunque no imprimió a su acción ninguna violencia.

Gaskell quedó inmóvil, mientras su frente sangraba escandalosamente. Mac Gregor y el sargento entraron en la estancia. Clark los miró.

—¿Van a detenerme? —inquirió mientras estrechaba contra su cuerpo a Frances.

—No, hemos venido en busca de Haines.

—Ahí lo tienen.

El joven golpeó la espalda de Joe.

—Gracias, amigo.

—Me alegro de haber llegado a tiempo.

Pero Clark no le oía. Sus ojos estaban fijos en otra persona.

—¿Cómo voy a agradecerte lo que has hecho por mí, Jimmy?

El payaso sonrió, pero su sonrisa fue extraña, como si estuviese desconcertado por la fijeza de los ojos de Clark.

—No tiene importancia, solo te he ayudado.

—A ir hacia la silla eléctrica, ¿verdad, Jimmy?

El payaso extrajo con rapidez un cuchillo, del cual brotó una lengua de acero, disponiéndose a arrojarlo sobre Clark, mientras su rostro correcto y bondadoso se contraía en una mueca de ferocidad. Pero el ágil cuerpo de Clark cruzó el espacio como una, flecha, cayendo sobre el asesino, reduciéndole con facilidad a la impotencia.

—Sargento Basset, le entrego al asesino de Virginia. Burton fue asesinado por Haines. Ahí dentro encontrarán drogas, teniente Mac Gregor. Lamento defraudarle y no ser yo el asesino.

—Ya lo sabía, muchacho. Pero me convenía hacer recaer las sospechas sobre usted y confiar a estos bandidos.

Clark se quedó con la boca abierta. Su asombro era inmenso. Lo mismo les ocurría a Joe, a Frances y a cuantos oyeron las palabras del teniente. El joven barbotó:

—¡Eso es jugar sucio, señor!

—No podía hacer otra cosa, debe comprenderlo —se disculpó Mac Gregor.

Clark se volvió hacia el sargento.

—Pensaba disculparme por el puñetazo que le di, pero no lo haré.

—Me pegó muy fuerte, Clark —se lamentó Basset, sonriendo—. Estaba dispuesto a dejarle escapar y mis hombres dispararon al aire. No le guardo rencor, y usted tampoco debe tenerlo contra nosotros.

Y le tendió la mano.

Clark le miró receloso. Frances, apoyada en él, susurró:

—Estréchale la mano, el sargento Basset es una gran persona.

El joven sonrió y obedeció. Después apretó la mano de Mac Gregor.

* * *

Foco después, el padre de Frances la abrazaba emocionado, no teniendo palabras para reñirla. La joven abrazó a los esposos Beslier.

—Y se acabó tu trabajo de periodista, Frances —dijo al fin el millonario.

—Sí, papá. Clark no me dejará.

Los dos hombres se miraron. El millonario sonrió.

—¿Se va a casar con mi hija?

—Eso ha dicho ella.

—Bien, le daré un alto cargo en mi empresa, y otro para Joe.

—No, señor Bacall. Mis proyectos ya están trazados. Durante dos años, Joe y yo continuaremos trabajando, reuniremos una importante cantidad y fundaremos una empresa. Ya le daré todos los detalles.

—¿Estás de acuerdo con él, Frances?

—Sí, haré cuanto quiera Clark —asintió la muchacha, y en tono más bajo susurró a su amiga—: ¿Verdad que es encantador?

Helen asintió y miró a su marido, sonriendo. Frances estaba perdidamente enamorada.

—Eso es un disparate, Clark. Vuestro ejercicio es muy arriesgado. Yo deseo un yerno y un nieto, no una hija viuda.

—No se preocupe, señor —respondió Joe mostrando sus manazas—. Yo le protegeré.

—No tengo más remedio que confiar en ti, Joe.

Y el millonario palmeó con afecto la poderosa espalda del gigantón.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain